

# EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



## SUSCRICION PARA ESPAÑA.

**MADRID.** ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.  
**PROVINCIALES.** ... 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,  
y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de  
D. Francisco de P. Mellado.

1<sup>er</sup> Año. N<sup>o</sup> 22. — Julio 3 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la  
redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,  
calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de  
España y América, á los Sres. A. Laplace y C<sup>o</sup>, calle de  
St. André des Arts, 47.

## SUSCRICION PARA AMÉRICA.

**ATLANTICO.** Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).  
**PACIFICO.** ... — 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en París, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr. — Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

## SUMARIO.

### TEXTO.

Correo de París, por  
JULIO LECOMTE. — El  
príncipe Gerónimo, por  
MAXIMO VAUVERT.—Cor-  
respondencia de Sicilia,  
por DURAND-BRAGER. —  
Crónica de Madrid, por  
JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.  
—Catana, por JOSÉ DOU-  
CET. — Procesion del  
Corpus en Madrid, por  
LEO DE BERNARD. — El  
senador M. Laity, por  
MAC. BERNOLL.—La som-  
bra de Brillat-Savarin,  
en la esposicion agrico-  
la, por A. ARNAUD.—Las  
máquinas de la esposi-  
cion, por EMILIO BOUR-  
DELIN. — Crónica de Tri-  
bunales, por PETIT JEAN.  
— Una Aventura de Car-  
naval, por FEDERICO DE  
LA VEGA. — Teatro de  
Variedades: El baile de  
la Hija del Diablo, por MA-  
XIMO VAUVERT..

## SUMARIO.

### GRABADOS.

Retrato de Su Alteza  
Imperial el príncipe Ge-  
rónimo. — La quinta de  
Villegénis, donde ha  
muerto el príncipe Geró-  
nimo. — El arzobispo de  
Paris administrando la  
Extrema-Union al prin-  
cipe Gerónimo en la quin-  
ta de Villegénis.—Lléga-  
da del Donauert al puer-  
to de Palermo durante  
suevacuacion por las tro-  
pas napolitanas. — Los  
voluntarios saludando  
con sus aclamaciones al  
contra-almirante Jehen-  
ne.—Vista general de la  
ciudad y puerto de Cata-  
na. — Procesion solemne  
del Corpus en Madrid :  
salida de la iglesia de  
Santa Maria. — Esposi-  
cion de agricultura en el  
Palacio de la Industria.  
— Los animales. — Las  
máquinas. — Teatro de  
Variedades. — Los Amo-  
res de una rosa, baile pas-  
toral del cuarto acto de  
la Hija del Diablo.



Ayuntamiento de Madrid



## CRONICA DE PARIS.

Vamos á entretener á nuestros lectores, poniendo en su conocimiento los ardides empleados desde hace un año por una mujer encantadora, desconocida en un principio, á fin de cautivar y atraer al redil matrimonial á su versátil cónyuge, cuya imaginación demasiado desordenada se dejaba deslumbrar á menudo por los atractivos reales ó ficticios de cualquier hija de Eva de regular presencia. Esta historia servirá de ejemplo á las mujeres que se hallen en análogas circunstancias.

Debemos empezar por decir que no se trata de una parisiense, ni de una francesa. La señora R... es española, huérfana y educada cerca de una familia de Tolosa, entre otras cuatro jóvenes á quienes la opulencia de un antiguo consejero de Estado proporcionó maestros de todas clases. Una aprendía la danza, otra el canto, aquella la pintura, esta el piano: en suma, cada una de dichas jóvenes llegó á sobresalir en la especialidad de estas artes recreativas mas conforme con su gusto, aunque sin abandonar las otras que les eran menos agradables.

La señorita Inés, nuestra heroína traspirinaica, favorecida por la naturaleza con enciclopédicas dotes, venció las dificultades en todos estos ramos de adorno hasta el extremo de que, no teniendo ya los maestros nada que enseñarla, se dieron por satisfechos, perfeccionándose despues ella sola, merced á su rara inteligencia, unida á sus dones de hada. De suerte, que cuando la trajeron á Paris bailaba como una musa, cantaba como un ruiseñor, dibujaba como un Rafael, y tocaba el piano como un Litz, es decir, que la linda Inés no conocia rival en punto á educación artística. Apresurémonos á añadir que ocultaba todo esto con una especie de orgullo, juzgándose bastante hermosa y rica para cautivar por sí sola los corazones sin recurrir á artificiales atractivos. Eran, pues, estos en su opinión como la retaguardia de un cuerpo de ejército prevenida para obtener el triunfo en el caso extremo de no ser aquel suficientemente poderoso para alcanzar la victoria.

Una vez en Paris, no tardó en encontrar ocasión de tener que recurrir á todo ú á parte de su arsenal de reserva. Cierta joven, alto funcionario público, mundano como pocos, ardiente aficionado á las primeras representaciones teatrales, asiduo visitador de bastidores, en donde con frecuencia caía á los pies de divinidades nada asustadizas, llegó á encontrar varias veces á nuestra linda española en los bailes de la aristocracia burocrática. El galante caballero se sintió vivamente herido á la vista de esta hermosa cabeza madrileña de tipo acentuado y original. Algo cansado tal vez de los afeites, de las caras escondidas tras el colorete, y de los artificios de todas esas Aspasia que frecuentaba cada noche, fué mayor la impresión, el efecto que le produjo el cutis moreno, animado y trasparente, la cintura recta y flexible, y el conjunto picante de la madrileña, conjunto que servía de máscara á sus dotes morales, á las bellezas de su alma; y como quiera que el admirado caballero era un gallardo mozo, de alta posición en la sociedad que ignoraba sus nocturnas travesuras, no tardaron mucho en entenderse ni en decidir un próximo enlace. Inés se hallaba tanto mas decidida á aceptar la mano de M. N..., cuanto que ella se habia dicho:

«Yo le he agradado por lo que vé, por lo que sabe de mí... Para ello no ha sido necesario mas que mi belleza, mi lenguaje... pues bien, guardemos lo demás para los dias de prueba, para la reacción si acaso ocurre. Entonces se le presentará en mí una nueva persona para volverle á seducir y tenerle cautivo!

Y se casaron. Su plenilunio de miel duró cerca de diez y ocho meses...

«—Cómo, dos años sin tocar el piano, dos años sin cantar! — se dijo una noche en que su marido se vió obligado á asistir á un baile oficial de que ella se habia eximido. —Y como deseaba volver á ejercitar sus dedos, fué diariamente á casa de una de sus amigas, en donde ensayaba un Erard y cantaba á voz en cuello. Estos trabajos duraron seis meses, y aquí empieza la novedad...

La escena pasa durante el último invierno. A consecuencia de varios acontecimientos domésticos, Inés se ve obligada á reconocer que Adolfo—llamémosle Adolfo—no es ya muy solícito con ella. Deja pasar las primeras representaciones sin revolver cielos y tierra para conseguirla su palco favorito, so pretexto de que por la afluencia de solicitantes no ha podido lograr sino un asiento de butaca... para él, traidor! compónese de modo que su mujer no tiene conocimiento de ciertas invitaciones de fiestas sino al día siguiente de haberse realizado, y la deja ir sola con una amiga á las ventas elegantes, á esas exposiciones artísticas, á esas citas mundanas en donde nunca dejan de presentarse, fieles en su puesto, los maridos, en su primer año de matrimonio. En suma, Adolfo comienza á hablar de sus negocios... de su agente de cambio, de su notario, y de todos esos fútiles pretextos que Balzac reasume con tanta gracia en su famoso *Negocio de Chaumontel*. La verdad del caso es que doña Inés no creía en tretas semejantes... observa y calla. No tarda en saber que Adolfo frecuentaba los bastidores de Variedades durante la última revista, en donde no escaseaban los lindos palmitos... y que en fin, trata de ligarse con M. Alfonso Royer con la esperanza de penetrar á cada momento entre los bastidores de la Grande Opera; mas por desgracia descubre tambien otros diferentes casos que no pueden calificarse con el nombre de simples tendencias...

Así es como en un solo día tiene conocimiento de toda una semana de novillos. El lunes, Adolfo cenó con las bailarinas españolas que debutaban en la *Gaité*. — El martes pasó dos horas en la calle de San Antonio escojiendo muebles... que no vinieron á casa de su mujer. — El miércoles, el sospechoso Adolfo montó á caballo, sin lacayo ni cosa que lo valga, y le vieron á la hora de almorzar en la cabaña suiza de la cascada del Bosque de Boloña. No faltó tampoco quien atestigüase la presencia de un sombrero de crespon colgado en una rama de lila de uno de los bosquecillos mas retirados y misteriosos. — El jueves, su merced fué á los *Bufos Parisienses* y se introdujo entre bastidores, bajo el engañoso pretexto de hablar al maestro Offenbach, personaje que de antemano sabia no encontraría allí puesto que estaba ausente. — El viernes, el traidor! pretestando tener que acompañar á un forastero, se fué á Versalles á comer en la fonda de los Estanques, en donde encontró una sociedad de seis caballeros y siete señoras que esperaban sin preocupación á su nuevo convidado, á fin de evitar en la mesa el número trece y sus fatales consecuencias. — El sábado, se recojió el perillan á las dos de la mañana, alegando que habia tenido que asistir á una larga discusión de accionistas... Y por último, el domingo, encontró sobre la chimenea una carta olvidada en que estaba probado que las discusiones eran mas que amistosas con cierta jovencita alemana, recientemente llegada de Dusseldorf, que hacia retratos, retratos á los que segun ella misma decia, daba un colorido vigoroso. Pero á escepcion del indicio de esta carta, ¿cómo pudo doña Inés conocer uno por uno los pasos del traidor durante la semana? Quien haga esta ingenua pregunta ignora absolutamente que existe en Paris en la calle del Barco una oficina de agencia de noticias en la que, mediante veinte francos por día, el hombre celo-

so puede tener conocimiento de... pero volvamos á nuestra simpática Inés.

La infeliz ama entrañablemente á su marido, y todo lo que de él sabe, descubre ó adivina, la causa un daño horrible.

—Vamos—se dice—es llegada la hora de presentarme á sus ojos tal como soy, desplegando cuantos atractivos poseo.

Y se prepara melancólicamente á poner en escena su pequeño fondo de reserva, á exhibir la vanguardia emboscada, prevenida para estos casos supremos.

Era una *soirée* en que, dos sociedades que bien pronto se encontrarían dispersas por los calores de la estación presente, se daban el último adiós; *soirée* donde se mezclaban en amigable consorcio un poco de baile, un poco de música y un mucho de té y de juego. Adolfo concurrió tanto mas voluntariamente, cuanto que la víspera, á pretexto de una cita á las once de la noche en casa de su abogado, habia convenido ponerse á las órdenes y despedirse en esta *soirée* de una brillante Polaca que iba á marchar de Paris por todo el verano... aunque diciendo *yo volveré!* El Adolfo necesitaba saber de una manera positiva á qué aguas termales iría la dama á demandar sombra y frescura, y fué antes á ver á su abogado, á quien confiara la adquisición de estos preciosos pormenores. Por tanto, Inés marcha sola y su marido no viene á reunirse á ella en casa de M<sup>me</sup> de N... sino cerca de las diez. Cuando Adolfo entraba en el salon, un joven ruso acababa de invitar á la graciosa madrileña para un wals: Inés acepta, con gran asombro de su marido, quien en los dos años y mas que llevaban de matrimonio la habia visto siempre rehusar con una especie de desden estos *placeros de salon*, que muchos maridos abominan, sin que dejen de tener para ello surazon... yaun sus razones! Vedla partir, jirar en el torbellino del baile... Y con qué lijereza! con qué gracia! Adolfo, para ver mejor, quitó de ante su ojo el lente de hierro de Berlin, cristal número... 0, que llevaba para darse mayor parecido á cierto escritor de moda con quien aseguraban tener alguna semejanza.

—«Cómo!... Inés walsa!... y walsa así! — dijo dando apenas fé á sus propios ojos.»

Si walsa? acaba de cansar á cuatro bailarines, producto sólido de todas las Rusias, y la orquesta misma hubiese tenido que exhalar su último suspiro antes de triunfar de la agilidad, gracia y soltura de la joven madrileña.

—Toma! toma! — dijo Adolfo volviendo á colocar su lente... porque ya no le necesitaba para ver bien.

Y mientras que circulaba el té se fué á sentar á una mesa de *whist* á una sala vecina. En ella se encontraba hacia media hora ganando unos sesenta y cuatro francos, cuando de repente se oyó en el piano un preludio magistral é impetuoso.

«—Diablo! diablo! — dijo su adversario, no vamos á poder jugar con ese ruido!»

Mas bien pronto el piano, con gran sorpresa de Adolfo, hizo resonar cierto aire breton, natural y sencillo, que algunas veces el mismo Adolfo acostumbra tararear por la mañana al ir de cuarto en cuarto. Se dejó ganar voluntariamente la partida, á fin de levantarse mas presto, se hizo sustituir por un caballero calvo que á la sazón hojeaba un álbum de fotografías, y se apresuró á entrar en el salon para ver quien diablos ejecutaba tan magistralmente su canción favorita que no creía perteneciese al dominio público. Pero ya el motivo servía de tema á locas variaciones improvisadas sin que la mano que ejecutaba dejara con reposo una sola nota en todo el piano en la rapidez de un entusiasmo ardiente y apasionado. Para oír mejor, Adolfo se hace sitio al través de un auditorio embelesado... y ¿á quién ve sentada ante el armónico instrumento produciendo esas delirantes notas?

A Inés!...



Atortolado, conmovido, estupefacto, cae en un sillón y escucha con la cabeza entre sus manos, y tal vez con todo el corazón en su cabeza. La brillante bailarina de hace poco, se ha convertido en una pianista de primer orden. Concluido el trozo de música, estallan por todas partes nutridísimos aplausos, rodeándola, para darle los mas entusiastas parabienes.

Media hora despues, Adolfo, que aun no se habia atrevido á aproximarse á su esposa, y que, conociendo-e burlado por ella, no estaba menos enternecido en un oscuro rincón, sintió sus ojos arrasados en lágrimas al oír á su mujer, — á su mujer á quien por tanto tiempo habia desconocido, — cantar con acento sentido y dramático y con una soberbia voz de soprano las bellas estanzas de una de esas cuatro ó cinco obras maestras del moderno repertorio francés: *Va á venir!*

Va á volver seria mejor! En efecto ¿cómo Adolfo, enternecido y lleno de sorpresa, no habia de caer al entrar en casa á los pies de Inés, lejos de la cual el injusto é ingrato habia seguido las huellas de otras hermosuras y talentos ficticios, cuando su adorable consorte le ofrecia la reunion completa y deliciosa de cuantos hechizos amaba? Al día siguiente no quedó menos sorprendido al saber que pintaba mejor todavía que la señora de Dusseldorf, y la inapreciable Inés hizo un excelente retrato al instante. Esta historieta no tiene cuadros accidentados y fatales, sino que su misma sencillez responde de su verdad. Conocemos felizmente á esta encantadora Inés y al dichoso Adolfo á quien ella trasformó en esta noche de revelacion. Podemos pues asegurar que en adelante serán los esposos mejores del mundo, porque el talento y las gracias de la una seducirán al otro mas y mas cada día en medio de una existencia expansiva y franca. En cuanto á Inés, su dicha es igual á la que ella ofrece á su marido. De todo esto podría sacarse cierta moraleja que dejarémos adivinar á las señoras mujeres.

En su mano tienen proporcionar á sus esposos mas de una dulce sorpresa, y francamente, no se trata sólo del piano.... Vale la pena de pensarlo, señoras.

Hé aquí una historieta perfectamente auténtica, aunque á primera vista parezca algo inverosímil. El hecho tuvo lugar en la última feria de Tarascon.

Hallábase en ella una compañía de saltimbanquis, juglares y domadores de fieras, que, entre otros animalitos mas ó menos raros, exhibian al público para sacar dinero, un elefante de Asia, notable por la enorme amplitud de sus orejas. Este paquidermo habia sido bautizado por sus propietarios con el enfático nombre de: *Kiouni II*.

Habia entre los acrobatas un fabricante de globos-cautivos, — ó sease bolas de gas en cristiano rancio, — esos juguetes que forman la alegría de los niños y la tranquilidad de las familias. Preparaba el físico foráneo su aereostática mercancía de salón para llevarla muy en breve á una gran ciudad, en donde esperaba conseguir buena venta, en virtud de la novedad del género. Tenia su taller bajo un cobertizo de tela dependiente del tinglado principal, á cuya puerta los clarinetes, las flautas y el bombo producian un infernal ruido, para atraer á los naturales del país y obligarlos mejor á pasar adelante por la módica suma de dos sueldos. Un montañés, de sencillez y candor orijinales, llega ante el inmenso cuadro que ofrecia á los curiosos transeuntes nada menos que el retrato del señor *Kiouni II*: sedúcele esta pintura, y se decide á entrar. A la vista del gigantesco y flemático animal, el paisano cae en una estupefacción muy parecida al abotargamiento. Las singulares maniobras de la trompa, y sobre todo las des-

comunales orejas que adornaban á la bestia, dejaban estático al pobre hombre, quien se preguntaba para su coeto si lo que estaba viendo era un pez enorme con sus aletas, ó un ave grandísima con sus alas! Como quiera que no podia resolver por sí mismo estas graves cuestiones, y como por otra parte su curiosidad igualaba á su sorpresa, tomó el partido de interrogar al director de aquel ambulante gabinete zoológico acerca de la especie á que pertenecia el monstruo; pues, en su concepto, lo mismo podia ser un vivíparo que un ovíparo.

« — *Aquello bestio ponillico ou fa joous?* — dijo — ¿Esta bestia da pollinos, ó pone huevos? »

Viendo el saltimbanqui su candidez, y que podia hacer negocio á costa de su ignorancia, respondió sin vacilar.

« — Vaya si los pone! y bien gordos!

» — Ya decia yo!...

» — Y si deseais uno, por gusto de tener bajo vuestro techo un individuo de su raza, tomaos la molestia de pasar al despacho cuando concluya la representacion, y podreis llevar á vuestra casa..., mediante un franco, lo que nadie, ni el mismo cura, ni el pertiguero, ni el guarda-campestre poseerá en el país! »

Impaciente el campesino por la posesion del maravilloso huevo que, á trueque de un miserable franco, iba á hacer que le envidiaran todos en la aldea, no tardó en personarse en el despacho. Encuentra allí al zumbón farfante, quien le presenta uno de los globos color de rosa henchidos de gas, de que hemos hablado arriba, diciéndole al mismo tiempo:

« — He aquí el huevo que os he prometido. Os le voy á dar en un franco, solamente en un franco... porque es para vos, que por lo demás, en el Jardín Botánico de Paris me compran cuantos huevos de elefante llevo, pagándomelos á seis francos, para esportarlos á la Argelia, donde, como sabréis, amansan todos los elefantes que pueden encontrar con el objeto de hacer la guerra á los Indios. He escogido el mas ligero, á fin de que no tengais que esperar mucho tiempo á que el pollo salga del cascarón. Este huevo está ya perfectamente encubado: la madre ha estado sobre él durante varios días, y con envolverle en una tela de lana y ponerle en un sitio donde no haya humedad, será lo bastante para que sin esfuerzo alguno, salga á luz el magnífico producto asiático que se encuentra dentro.

» — Qué cosa tan asombrosa! — esclama el paisano — pero ¿cómo he de gobernarle para darle de mamar?

» — Bah! eso es lo de menos! cualquier cuadrúpedo os le nutrirá, se le echais á una vaca parida, á una cerda... aunque sea á una cabra. Además, podeis tambien cebarle con empanada... queso fresco... truchas... en fin, con cualquiera cosa. »

El charlatan completa á su modo la educacion del futuro elefantillo, y le despide para hacer un nuevo llamamiento al público, con su tambor y trompeta correspondientes.

Marchó, pues, el montañés maravillado, encantado de su compra, de su conquista. Para preservar de la humedad del crepúsculo el objeto que encerraba la preciosa progenitura-elefántica, (ó elefantésca), nuestro hombre le envuelve en un pañuelo de algodón azul que acababa de comprar en la feria á su mujer. Pero, á pesar de todos los cuidados tenidos con el huevo que servia de cárcel á *Kiouni III*, estaba escrito en el libro del Destino que su propietario no le veria salir á luz en su morada.

En efecto, no muy lejos ya de su aldea, corre un arroyo con honores de río, en el que se le antojó beber al mortal dichoso que soña-

ba ser por lo menos un domador de fieras. No teniendo á su disposicion otra copa que aquella de que finalmente se sirvió Diógenes despues de haber roto su escudilla por creerla un lujo abusivo, nuestro hombre se inclina sobre el arroyo, dispuesto á apoyarse con una mano en tierra, mientras que la otra le servia de vaso. Para esta operacion érale preciso depositar en el suelo su precioso hallazgo y volverle la espalda al arrodillarse. — Bebe, pues, á mano llena de las cristalinas ondas, y como á la cuarta libacion deja escapar un ¡ah! de hombre satisfecho, y se vuelve para echar una mirada de orgullo y de cariño á su huevo de elefanta... Pero mira á derecha é izquierda... y nada!... el huevo habia desaparecido como por ensalmo! Entonces, maquinal y desatinadamente alza los ojos hácia arriba, y ¡cuál no seria su afliccion y su espanto viendo que el huevo se elevaba... se elevaba... llevando sobre sí el pañuelo azul de su mujer. — Ah! Mi huevo, mi pañuelo!

El absorto montañés no lo atribuye ni á sortilejo, ni á la alquimia, ni al gas mas ligero que el aire; cree de buena fé que el huevo habia sido totalmente empollado por *Kiouni II*, y que tuvo lugar un alumbramiento prematuro. Contempla, pues, su huevo, su querido paquidermo, su pañuelo y su decepcion, quese elevan en el espacio unos tras otros, siguiendo atontado con sus inclinaciones de cabeza el movimiento que el capricho de los céfiros les imprimia. Solamente cuando hubo perdido de vista el huevo aereostático fué cuando se decidió á continuar su camino. Llegado á su casa, preguntale su mujer en donde estaba el pañuelo que habia prometido comprarle en la feria. Entonces refiere la aventura del elefante, la compra del huevo, las palabras del mercader dueño del cuadrúpedo... todo, en fin. La buena mujer escucha con tanta boca abierta, volviéndose toda ojos y oídos; y viendo al cabo el profundo pesar que embargaba á su hombre, no sólo por la pérdida del elefante, sino tambien por la del pañuelo, exclamó llena de humanidad:

« — Consuélate, marido mio, que yo, por mi parte, doy por bien empleado el pañuelo, con saber que ese pobre recién nacido tendrá siquiera un pañal en qué envolverse.

He aquí algunos proverbios extranjeros poco conocidos en nuestro sentir:

« Has visto á una madre feliz? Entonces habrás visto á su hijo. »

(Proverbio griego.)

« El oro es mas penetrante que el hacha. »

(Proverbio negro.)

« Si quieres luz de noche, no enciendas tu candil de día. »

(Proverbio español.)

« Una mujer demasiado fácil es un manjar insípido, »

(Idem.)

« A la mujer y á la tela, no la cates la vela. »

(Idem.)

« Sé sobrio: un cuerpo escesivamente grueso debilita el alma. »

(Proverbio italiano.)

« La adversidad es el crisol que purifica los caracteres grandes y evapora los pequeños. »

Proverbio aleman.

JULES LECONTE.

(Trad. A. L. de B.)





La quinta de Villegenis donde murió Su Alteza Imperial el príncipe Gerónimo.



El arzobispo de París administrando la Estrema-Uncion al príncipe Gerónimo, en Villegenis, en presencia de SS. MM. el emperador y la emperatriz, de SS. AA. II. las princesas Matilde y Clotilde, y del príncipe y la princesa Murat.





Llegada del *Donawerth* frente á Palermo, durante su evacuación de las tropas napolitanas. Los voluntarios saludan con sus aclamaciones al contra-almirante Jehenne.  
(Segun un croquis de M. Durand-Brager, nuestro dibujante, agregado á la escuadra del Mediterráneo.)



## EL PRÍNCIPE GERÓNIMO.

La salud del príncipe Gerónimo Bonaparte había sufrido en estos últimos años serios ataques de los cuales triunfara siempre su vigorosa organización.

Deslizábase la vejez del hermano de Napoleón I entre los respetos y las simpatías unánimes de la Francia, que esperaba se prolongase en una gloriosa tranquilidad esa existencia tan combatida por las tempestades políticas. Por desgracia, ni la fuerte constitución del príncipe, ni los recursos de la ciencia médica han sido suficientes para vencer la enfermedad que le tenía postrado en su quinta de Villegénis, cerca de Meudon.

El ex-rey de Westfalia dejó de existir á las cinco de la tarde del último domingo, á los setenta y seis años de edad, entre los cuidados de su familia, que desde hace largo tiempo velaba en torno de su lecho de muerte.

S. E. el cardenal arzobispo de París le había administrado la víspera los últimos sacramentos. Así, pues, se extinguió entre los dulces consuelos religiosos esta vida que había conocido todas las grandezas y todos los dolores del mundo.

Gerónimo Bonaparte nació en Ajaccio el 15 de noviembre de 1774. A la edad de nueve años comenzó á probar las amarguras del destierro. Su familia, proscripta en Córcega, vino á refugiarse á Francia, y el joven Gerónimo entró en el colegio de Juilly, donde cursó sus primeros estudios, hasta el 18 de brumario. Napoleón le trajo á París, y después de la campaña de Marengo le hizo entrar en su guardia como simple cazador.

El 29 de noviembre de 1800, Gerónimo abandonó este cuerpo y entró en el de marina en calidad de aspirante. Aquí sirvió sus dos primeras campañas bajo las órdenes del almirante Gauthaume. Alférez de navío á los diez y siete años y medio, embarcóse con el general Leclerc para la expedición de Santo Domingo. El 15 de enero de 1803 fué nombrado teniente, y mandando el bergantín *l'Épervier* marchó á la Martinica. — Las fuerzas superiores del enemigo le obligan á retirarse á los Estados-Unidos; arriva á Baltimore, donde, poco después de su llegada, se casó con M<sup>lle</sup> Patterson, sin consultar á su familia. Este matrimonio fué anulado mas tarde por Napoleón.

Volvió á Francia, para asistir en Milan á la coronación del emperador como rey de Italia. Puesto por su hermano á la cabeza de una escuadrilla, quemarchaba á Argel para reclamar 250 genoveses que el bey tenía en esclavitud, desempeñó su cometido con tanto acierto é inteligencia, que esta misión le valió el grado de capitán de navío.

Montaba Gerónimo el *Vétéran* en la escuadra que bajo las órdenes de Villaumez se hacia á la vela para la Martinica: — separado de los otros bastimentos por una furiosa tempestad, encuentra un rico convoy inglés escoltado por dos fragatas: el valiente marino las embiste sin vacilar, y se apodera del cargamento.

Llamado á París, el emperador le colma de elogios, y le nombra contra-almirante, gran cruz de la legión de honor y príncipe francés.

Acababa de estallar la guerra contra la Prusia (1806). General de división entonces, Gerónimo bate á los prusianos y conquista la Silesia. Después de las batallas de Eylau y de Friedland, que trajeron la paz de Tilsit, Napoleón dió al príncipe la corona de Westfalia.

Entonces fué cuando el nuevo rey se desposó con la princesa de Wurtemberg, Federica Catalina.

Forzado en 1813 á abandonar la Westfalia, el rey Gerónimo trajo en 1814 al lado de María Luisa el corazón de un soldado patriota y de un herma-

no fiel y agradecido. Después de la primera abdicación del emperador, fué á reunirse con la princesa su esposa en Stuttgart, desde donde acudió bien pronto junto á su hermano que desembarcaba en Cannes. En Waterloo se batió como un héroe, comprendiendo sin duda que en aquella jornada memorable *todo Napoleón debía vencer ó morir*. Recibió en la ingle una herida de bala, pero no por eso abandonó su puesto en el combate.

El 27 de junio de 1815, el príncipe Gerónimo Napoleón volvió á tomar el camino del destierro, para residir sucesivamente en la quinta de Elletangen (Wurtemberg), en Viena y en Trieste. En esta última ciudad nacieron la princesa Matilde y el príncipe Napoleón. — Los gozos de la familia endulzaron un poco las amarguras del proscrito.

Vuelto á Francia después de la revolución de 1848, el príncipe Gerónimo fué nombrado mariscal, gobernador de los Inválidos, y presidente del Senado en 1852, puesto que ocupó hasta la proclamación del imperio.

MAXIMO VAUVERT.

(Trad. F. de la V.)

## SICILIA.

El correo de esta mañana nos trae una voluminosa correspondencia de nuestro dibujante M. Durand-Brager, que contiene interesantes detalles sobre la expedición siciliana, detalles que nos apresuramos á facilitar á nuestros lectores: croquis ejecutados con el talento que caracteriza á este pintor de marinas, y magníficas fotografías de M. Legray, en donde al lado de la habilidad incontestable del fotógrafo, resalta el vigoroso colorido del sol siciliano.

Esta remesa contiene además excelentes diseños de MM. Billardet y Lainé, fotógrafos parisienses establecidos en Palermo.

Sentimos que la falta de tiempo no nos permita publicar en el número de hoy esta espléndida colección, que reservamos para dárla á conocer en la semana próxima á nuestros lectores, quienes sabrán apreciar como merecen estos dibujos de una ejecución é interés actual extraordinarios.

M. Durand-Brager, nuestro corresponsal de Sicilia, dejó fondeados en Nápoles frente al Palacio Real, al *Bretagne*, al *Eylau*, al *Redoutable*, y al *Imperial*, y llegó en el *Donawerth* á la bahía de Palermo, desde donde nos remite el croquis que reproduce nuestro grabado.

El *Donawerth* ancló en el momento en que las tropas de Fernando II, hacinadas en las lanchas de transporte que remolcaban los vapores napolitanos, abandonaban las aguas de la Sicilia para dirigirse á Castellamare.

Para dar al lector una idea exacta de la situación actual de Palermo, extractamos los pasajes mas interesantes de la correspondencia de M. Durand-Brager. Por sus notables dibujos y por su estilo pintoresco juzgarán nuestros suscritores del ya conocido y apreciado talento de este artista.

MAC-VERNOLL.

(Trad. A. L. de B.)

Palermo, 15 de junio de 1860.

Escribo á ustedes desde el palacio del virey, en donde ha logrado un amigo proporcionarme la mas oportuna hospitalidad. Estoy trazando estas líneas en medio de los gritos de los centinelas y del nocturno vocerío de una ciudad llena de barricadas, en donde á todo rumor responden cien

ecos resonando como en las bóvedas de un antiguo claustro. Las barricadas son tan numerosas, y tan sólida é inteligentemente construidas, que por débil que hubiera sido su defensa habrían cortado el paso á un ejército mucho mas numeroso que el napolitano, y con tanta mas razón, cuanto que han tenido por defensores los valientes é intrépidos voluntarios.

Todas estas barricadas estaban guarnecidas de cañones, y permanecerán así hasta la total evacuación de la plaza.

Algunos barrios se encuentran en un estado deplorable, uno sobre todo completamente abrasado y destruido. La hermosa calle de Toledo, de que tan justamente se enorgullece Palermo, está intercepta con magníficos escombros de casas derruidas.

La ciudad, sin embargo, está tranquila en medio de tanta destrucción: por todas partes se trabaja con actividad para hacer desaparecer los vestigios del bombardeo, los habitantes se entregan á sus ocupaciones diarias como en su estado normal y los voluntarios hacen ejercicios en todas las plazas públicas.

Al volver á mi hospedaje, acabo de ver á un oficial inglés, voluntario, dirigiendo las maniobras de un batallón.

En medio de los estraños acontecimientos y ataques de estos últimos quince días en Marsa y Palermo, se han visto descollar algunas figuras históricas: entre ellas puedo citar al P. Juan Pantaleón, capellan de ejército de Garibaldi.

Me encuentro en Palermo como en país conocido. *Alejandro Dumas*, llegado aquí con su yacht, remite al *Constitucional* una narración fiel y exacta de los acontecimientos pasados á su vista y de los cuales nadie puede estar mejor informado. Acompaña á Dumas M. Legray, uno de los inventores de la fotografía cuyas notorias y diarias exposiciones causan admiración en los *boulevards*. Este eminente fotógrafo me ha prometido un hermosísimo retrato de Garibaldi que remitiré en primera ocasión con otros dibujos.

Los señores Billardet y Lainé, fotógrafos parisienses y jóvenes de mérito, completarán esta remesa enviando al *Mundo ilustrado* algunos trabajos de valor. Es una verdadera adquisición.

Palermo, 20 de junio de 1860.

Antes de ayer, 18, á las once, se supo la llegada del coronel Medici á Santo-Vito y Castellamare en el golfo de este nombre. Trajo una fuerza crecida de voluntarios y diez mil fusiles, transportados en dos vapores de hélice y uno de tambores. Durante la noche y como señal de regocijo, las iluminaciones cotidianas se unieron á otras mil demostraciones como músicas con hachas y patrióticas procesiones con banderas.

Pero he aquí que, á eso de la media noche, y en el instante en que la ciudad comenzaba á entregarse al reposo, oyense á lo lejos algunas detonaciones de cañón de grueso calibre. Acababa de dejar mi trabajo en el Palacio en que habito, como ustedes saben. Levántome y voy al balcón, donde todo el mundo se había ya reunido. Las detonaciones cada vez mas fuertes menudeaban por minutos y parecían contestarse unas á otras. Distinguiáanse perfectamente los relámpagos del fuego y la humareda de la pólvora.

La ciudad entera estaba ya en pié; los centinelas redoblan su vigilancia y sus imponentes gritos de quien vive; en todos los cuerpos de guardia se abalanzan á las armas; un rumor sordo se eleva de la soledad en que yacía el casi-arruinado cuartel vecino al Palacio, y percíbese el acompasado ruido de la tropa en marcha. Por desgracia Garibaldi está ausente; esta es la preocupación general.



Todo el mundo se mira con inquietud y se interroga con temor.

¿Qué combate es este? Es un navío del convoy esperado, y que, por un inesplicable retraso, ha caído bajo los fuegos de los cruceros napolitanos? ¿Se defiende ó busca simplemente su salvación en la fuga?

A las dos, la ansiedad pública había llegado á su colmo; ninguno de los ordenanzas despachados en todas direcciones había vuelto aun.

En fin, cuando esta inesperada alarma hubo cundido lo bastante para causar la consiguiente inquietud y angustia á una ciudad apenas salida de los horrores del bombardeo, presentase en el muelle un oficial inglés para declarar con toda la flemática pachorra de un hijo de la grande Albion: que *no se asustaran*, que era una fragata inglesa que estaba á lo lejos ensayando sus cañones...

¿No es esto una verdadera inglesada?

La ansiedad de las tropas del ejército real, encerradas en la ciudadela, no había sido menor que la del pueblo. Los *Piaciti*, acampados en torno del fuerte, se hallaban dispuestos á cada instante á arrojar como leones sobre esta bicoca, cuyas defensas y bastiones arruinados y desarmados hubieran opuesto inútil resistencia á su ardor. Creyendo los *Piaciti* que era un combate á distancia, y por consiguiente roto el armisticio, estaban prontos al ataque.

Si éste se hubiera verificado, si hubiese tenido lugar una nueva lucha ¿quiénes habrían sido los motores, los responsables de tantas desgracias?

Por fin, todo se ha calmado, y á las tres de la mañana la ciudad ha vuelto á quedar tranquila, entregándose de nuevo al reposo.

Palermo 22 de junio.

De todas partes llegan voluntarios, y cada día sale una brigada con dirección á Messina. Los contingentes de cada cantón se reúnen á las columnas puestas en marcha, y no tardarán en verse bajo los muros de aquella ciudad fuerzas considerables y bien organizadas.

La fundición de cañones de Palermo funciona perfectamente y con grande actividad.

Ayer noche entraron en el puerto dos vapores cargados de voluntarios, que han quedado surtos cerca del muelle. Estos dos vapores, comprados al comercio, son el núcleo, el punto de apoyo de la marina siciliana. Espéranse varios otros de diferentes partes. Suspendo por un instante mi carta para ir á tomar un croquis del fuerte que la población de Palermo va á demoler en muy breve plazo. Es preciso pues que me dé prisa.

Alejandro Dumas ha partido para Girgenti. Desde allí debe dirigirse á Malta, y tal vez, siguiendo los acontecimientos, retornará á Messina. La herida del coronel Carini sigue mejor, pero su curación será larga.

Concluyó, porque no tengo mas tiempo que para decir á ustedes adios.

DURAND-BRAGER.

Trad. F. de la V.

## CRONICA DE MADRID.

Los teatros siguen enteramente muertos. En la Academia Española, que ha recibido en su seno al distinguido autor dramático don Tomás Rodríguez Rubí, ha pronunciado éste, en medio de los aplausos de una lucida é inteligente concurrencia, un elocuente discurso en el que después de ponderar las excelencias del teatro y lo imperecedero de esta institución en todas las naciones, viene á declarar el mortal letargo en que

hoy yace en España, y del que espera volverle á ver resucitar, si el gobierno fijando en él, cual lo merece, una atenta mirada, le dá la protección que exigen la cultura de las letras y la gloria de la España.

La capital de la monarquía española no tiene hoy abierto un solo teatro, y sus moradores no encuentran mas solaz que las funciones de toros, ó los ejercicios ecuestres del Circo de M. Price. Hasta el teatro de la Zarzuela ha cesado en sus funciones, y solo por unas semanas, y por una cosa extraordinaria hay compañía de Ópera italiana, en la que sobresale el célebre tenor Tamberlik. Pero el fujitivo espectáculo de la Ópera italiana está aquí fuera de su asiento; no resuena la poderosa voz del célebre tenor europeo como debía, en el magnífico teatro Real, sino en el modesto y de segundo orden de la Zarzuela, gracias al celoso empresario del mismo, que es á quien debe el pueblo de Madrid ese espectáculo de qué ha gozado por pocos días.

Una enfermedad, si puede llamarse así, ataca y se propaga en la sociedad, el suicidio. Varios son los que han acontecido en estos últimos días. Una señora muy conocida en todos los círculos de Madrid, bella, y esposa de uno de los mas inteligentes ministros de uno de los tribunales supremos de la nación, y ex-diputado á cortes, se atravesó el corazón de una puñalada, dejando sumido en el dolor á su esposo y á sus hijos. En vano se ha buscado una causa á tan deplorable desgracia. Ningun antecedente ha podido encontrarse, nada revelaba en ella el disgusto ni el tedio de la vida. Momentos antes había conversado alegre y familiarmente con su esposo, y con sus hijos, y el arma con que consumó su desatentada acción era un precioso puñal de Albacete, que su hijo mayor, al volver de una expedición á dicha ciudad, allí le había comprado, y que como un objeto de curiosidad se hallaba colocado entre otros varios sobre una mesa de su gabinete.

Pocos días antes, un joven artista entraba en la pastelería suiza de la calle de Jacometrezo, pedía un buen almuerzo, y lo comía con grande apetito. Nada revelaba tampoco en su rostro que fuese aquella su última comida. La tranquilidad brillaba en su frente; mas de una vez dirigió con la sonrisa en los labios algunas preguntas al mozo que le servía, y después de pedir la cuenta del gasto que había hecho, y pagado con una onza de oro, dió al criado la vuelta de aquella moneda. Asombrado estaba éste de tan desusada generosidad, y mas en un hombre cuyo traje no revelaba la opulencia. Deshízose en mil protestas de agradecimiento y fué á traerle una taza de café que había pedido. Apenas salido del comedor se oyó una detonación: volvió el mozo y vió con terror bañado en su sangre al generoso joven que poco antes había allí almorzado tan alegre. ¿Qué pudo impulsarle á este atentado contra él mismo? Hemos procurado averiguarlo á fuer de activos cronistas, y hemos encontrado en el fondo de este suicidio un terrible drama.

El joven Luis S... era un poeta cuya alma de fuego había sentido las dulces impresiones del amor: tenía cifrada toda su felicidad en el amor de una joven á quien había visto un día por primera vez, al salir del teatro después de la representación de una comedia suya, á que había sido llamado á la escena. La había seguido, la había amado, y aquella joven dulce y pura era todo el encanto de su vida; cifraba en ella todo el universo; con su vista se disipaban sus pesares y ella le inspiraba sus mas tiernas y elegantes composiciones; sin ella veíase solo, solo enteramente, y hubiera devorado en el fondo de su corazón la secreta melancolía que minaba su existencia, porque un hermano querido que había sido el compañero y el amigo de su juventud, ha-

cía muchos años que había ido á la isla de Cuba á buscar fortuna: el pobre poeta había quedado solo, compartiendo su corazón entre su bella querida y su madre; pensaba dar á su amada muy pronto el nombre de esposa: su hermano acababa de llegar tres días antes de Ultramar, y debía ser testigo de su felicidad.

Apenas abrazó á su hermano, le llevó á casa de su futura. Al verse, quedaron sorprendidos el hermano y la joven. Se habían conocido mucho antes de haber marchado aquel á América. El hermano revela al hermano el fatal misterio de su reconocimiento, y le hace ver que la mujer que antes había él poseído no debe de ser su esposa. El poeta vé rasgadas en un momento todas sus ilusiones. Rechaza á la mujer que creía pura, y de quien formaba su orgullo ser el primer amor. Acusa ésta de seducción á su hermano que la había abandonado y marchádose á Ultramar. El poeta en su celosa rabia vá á provocar á su hermano á un duelo, empero en el momento de ir á cruzar los aceros, recuerdan que tienen una madre querida, y que van con aquel lance á causar su muerte, se arrojan en los brazos el uno del otro, y confunden sus lágrimas.

En vano el poeta trató de vivir, no pudo; una negra melancolía mina su existencia, á la que puso fin en la fonda de la calle de Jacometrezo. Tal vez buscaba en los placeres de la mesa el olvido de sus pesares!!

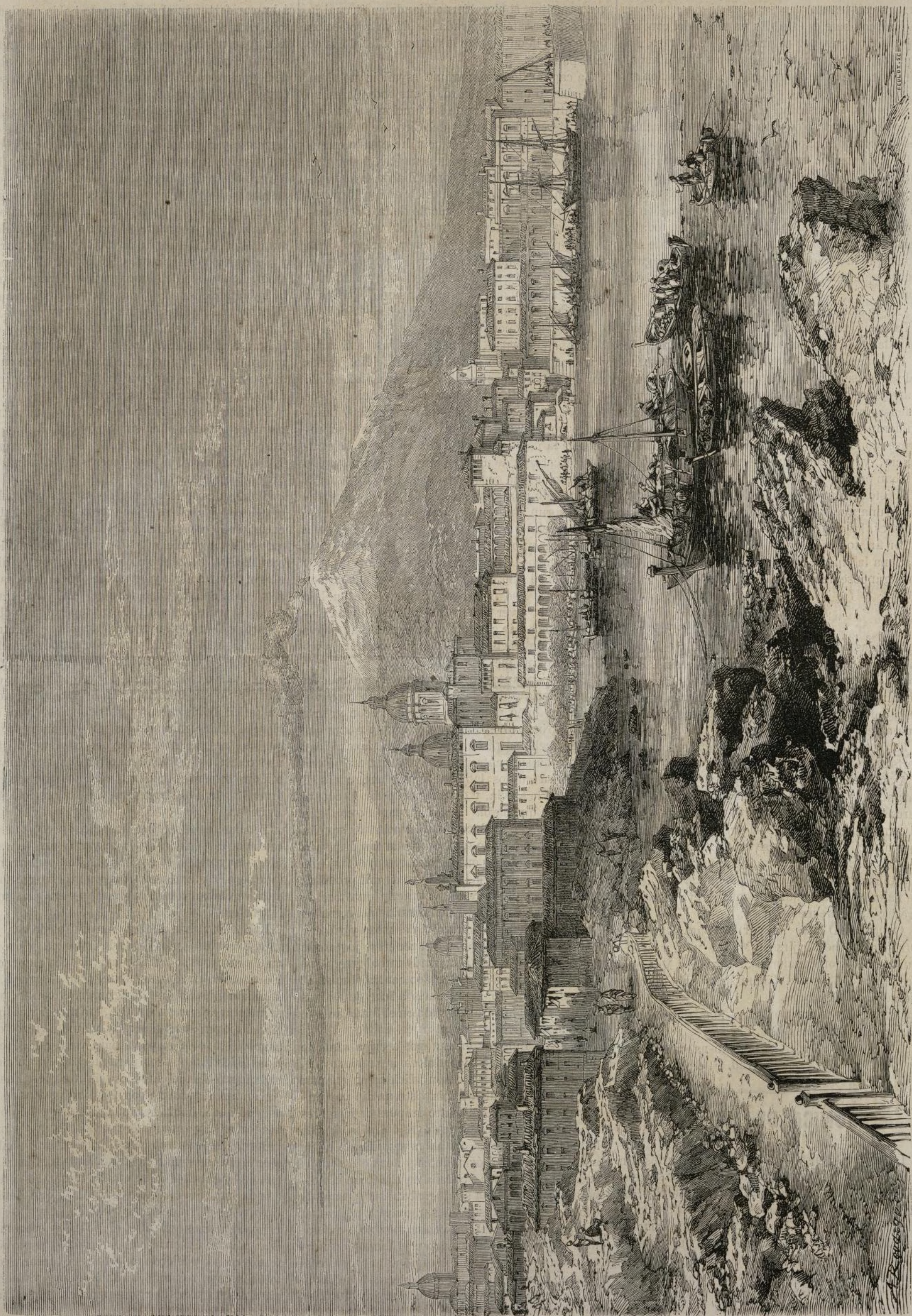
El marqués de R..., uno de los mas intrépidos cazadores, y que posee un monte cerca del Escorial, salió como muchos días á cazar en la quinta de su propiedad. Vió venir en la dirección que llevaba un soberbio cuervo; lo apuntó, hizo fuego, y en un abrir y cerrar de ojos el ave cayó á sus pies. Se aproximó para cojerla, y fué grande su sorpresa cuando, al examinar aquel pobre pájaro, vió que tenía un collar de plata, con letras grabadas en el mismo, y que en grandes iniciales decían: PHILIPUS II REX. ¿De donde provenía aquel cuervo con la cifra del severo fundador del monasterio del Escorial? ¿Había pertenecido á Felipe II? Todos saben que los cuervos viven siglos: el collar tenía además un brillante por el cual nos aseguran que uno de los diamantistas mas célebres de Madrid ha ofrecido hasta cuatro mil duros, pero el opulento cazador, por ningun dinero trata de desprenderse de esta preciosa antigüedad.

Tenemos que revelar un triste suceso que ha causado la pérdida de la razón á un honrado joven muy conocido en Madrid, y cuyas circunstancias, si no tuviésemos las pruebas irrecusables de la verdad, nos harían creer que era una pura invención.

Hace diez y siete años vivían en Toledo dos jóvenes, criados juntos desde la infancia y en los que la amistad se había convertido en amor, como acontece frecuentemente. Por desgracia, la familia del joven que designaremos con la primera letra de su nombre, C..., era menos rica que la de la joven á quien amaba, y aunque hizo todo cuanto estuvo de su parte para vencer la oposición de los interesados parientes de su querida, nada logró! Tenía entonces veintiun años. Fuerte con su amor, y fuerte con los juramentos de fidelidad que le había hecho la joven, resolvió probar fortuna, y después de muchos llantos y protestas, se embarcó para Ultramar, donde había oído decir que se hace fortuna. Una sortija y un rizo de los cabellos de su amada fueron las prendas de amor que se entregaron, y que debían devolverse el día de su matrimonio.

Los esfuerzos que hizo el pobre y económico C... para reunir en aquellas regiones un pequeño tesoro que le pusieron en estado de casarse con la bella cuyo recuerdo le daba ánimo y fuerzas para resistir todas las adversidades, no es fácil





Vista general de Catina





Solemne procesion del Corpus en Madrid.—Salida de la iglesia de Santa María. (De un croquis remitido por D. H. Van-Halen.



decirlo: ni una sola vez asomó á su frente la idea de que le olvidaban y podían venderle. Por último, hará cosa de un mes que volvió á España despues de una ausencia de diez y siete años. ¿Pero qué importaba el tiempo si era feliz y volvía rico?

Poco duró su sueño: apenas llegó á Toledo, supo que la que había amado tan fielmente le había olvidado, hacia tiempo que se había casado con otro, y era madre de familia: el pobre hombre había contado demasiado con otro destino, había comprado demasiado caro el derecho de creer en la felicidad. Su cabeza no ha podido resistir este golpe, y desde entonces se le vió taciturno, sombrío, pensativo, contando su historia en voz baja á los que creía sus amigos, evitando encontrar á la que le había hecho tanto mal. Sin embargo, la encontró un día, y al verla, se puso mas sombrío y silencioso; y ahora, sin pronunciar su nombre, se ocupa á todas horas en besar una pequeña bolsa que lleva suspendida de su cuello, y en la que hay una sortija y un rizo. Nosotros hemos visitado á este infeliz, que existe en el Nuncio de Toledo, al cuidado del entendido y celoso facultativo don Zacarías Gonzalez.

La fortuna llega y ofrece sus dones á los mortales por los medios mas raros é imprevistos. Uno de nuestros jóvenes poetas, á quien por mas que ha dado pruebas de su brillante talento no había hasta ahora sonreído la Diosa de las riquezas, y que se hallaba en un estado muy próximo al de la necesidad, acaba de repente de verse convertido en un Crespo.

El joven G..., que hace unos seis años está escribiendo en casi todos los periódicos literarios de Madrid, y cuyos artículos han llamado mas de una vez la atención, se hallaba aburrido al ver que el fruto de su trabajo apenas le proporcionaba los medios de vivir sin ser gravoso á su numerosa y necesitada familia. Daba al diablo la literatura que en España no sirve para enriquecer, como sucede en otros países, á nadie, y que sólo debiera ser el pasatiempo de las jentes afortunadas, de los felices de la tierra.

Pensaba ya en despedirse de varios periódicos en que con tanto crédito escribe, y aun en su agitada imaginación pensaba trasladarse á América, donde se cree que todos hacen fortuna, sin considerar que muchos de nuestros mas célebres literatos han visitado aquellos países y vuelto poco mas ó menos como se fueron, porque nuestros hermanos de ultramar son mas aficionados á las cuentas del cacao y del azúcar, que á los versos y á las novelas. Los célebres escritores García Gutierrez y Ferrer del Rio han recorrido aquellas regiones, y por desgracia no han tornado de ellas ricos.

Un día llamó el cartero, y trajo una carta voluminosa de Buenos-Aires. Dudó nuestro poeta si sería realmente á él á quien venia dirigida, por que no tenía ningun amigo, ni conocido á nadie en aquellas apartadas regiones. Iba ya casi á despedir al cartero sin recibir el pliego, cuando echándose la cuenta de que éste venia franco de porte, y que sólo le costaba un cuarto el recibirlo, tal vez movido por la curiosidad lo tomó. ¿Cuál sería su sorpresa al leer una atenta carta que le dirigian los testamentarios de don Gerónimo Francisco Beltran, rico propietario de Buenos-Aires, que hacia dos años había fallecido, y que en una de las cláusulas de su testamento había dejado el extraordinario legado que á la letra y con todas las formas de la curia le transmitian los albaceas? «Ytem: lego y mando al escritor» D. J. G... la cantidad de veinte y cinco mil duros que le serán entregados á mi fallecimiento por mis albaceas, en recompensa de los buenos ratos que me ha proporcionado con sus artículos en los periódicos *El Museo de fami-*

» *lias; El Panorama*, y el *No me olvides*, que muchos años me han servido de distracción y aliviado los pesares que llevan consigo los negocios, para que los disfrute en mi nombre, y me encomiende á Dios.»

G... creyó que era una broma de alguno de sus amigos, y mucho mas cuando vió que unida á la carta y copia de la cláusula del testamento, le acompañaba como á buena cuenta una letra de seis mil duros contra una de las casas de comercio mas acreditadas de Madrid. Creyendo mas con esto que era una broma, y teniendo por apócrifa la letra, y aun temiendo las consecuencias de una falsificación, comunicó el negocio con algunos amigos, y al cabo de dos dias, aunque sin esperanza alguna, se propuso ir á ver al banquero, más para decirle que habían falsificado su firma y que él era completamente ajeno á aquella pesada burla, que creyendo la realidad del hecho. ¿Cuál sería su asombro al oír del respetable jefe de la casa de comercio que estaban dispuestos los seis mil duros y á su orden al momento que quisiese?

Nosotros, al publicar este nuevo modo de hacer fortuna que de improviso puede caer sobre los periodistas desde la otra banda, hemos recibido el encargo de reservar el nombre del afortunado joven, el que ingrato, como lo son la mayor parte de los mortales, ha dado un á Dios eterno á la literatura, que tantos trabajos le ha costado, para entrar á saborear las dulzuras de la vida del capitalista y consagrarse al *dolce far niente*!

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

#### CATANA.

Puesto que todo el mundo tiene fijos los ojos en Sicilia, es esta la ocasión para los que la han visitado, de volver allá, al menos con el recuerdo. Le cabe á uno felicidad y aun orgullo al saber, leyendo el diario, que donde ha comido un pedazo de buey duro regado con vino turbio, primo en vigésimo grado del Marsala, se ha dado un sangriento combate, en el cual cien hombres han perdido la vida; que ha caído una bomba en el lugar en el cual recuerda haber ejecutado algun acto muy vulgar.

Luego son unos héroes esos hombres morenos, de pequeña gorra negra, de vestido de terciopelo encarnado, y que se alimentan con tallos de cebolla y de lechugas? Esas pobres mujeres sencillas, para quienes un pedazo de pan blanco es un regalo, y que parecían mirarnos como antropófagos al vernos comer una gallina, saben pues que tienen patria? Luego son otros tantos Savonarola esos frailes ociosos de benigna sonrisa, de palabra grave, amantes de sus flores, muy avaros de sus libros, felices en sus claustros, en donde esperan el paraíso sin impacientarse demasiado, que levantan su crucifijo á la altura de las bayonetas? No lo hubiera creído realmente cuando recorria la Sicilia en compañía de mi amigo el baron Krieger, el prusiano mas alegre que se ha visto desde Federico el Grande, cuyo nombre llevaba. No he podido convencerme nunca, á pesar de la veracidad de los boletines y la autenticidad de los inválidos, de la realidad de una batalla ó de una insurrección general; y sin embargo poco ha faltado tambien para que yo tuviese el baston de mariscal en mi saco.

Al representarme á la Sicilia sobre las armas, con su suelo atormentado y constelado de fuego, esta bandera nocturna de las insurrecciones, he sentido casi que el Etna no se haya mezclado tambien en el asunto. Era éste el caso, si lo hay, de vomitar toda la lava que tiene en las entrañas desde hace muchos años... Hubiérase visto en esto un símbolo, tal vez un estímulo. En todo caso, habría sido de un efecto escénico admirable. Pero

parece que el Encelado se halla tranquilo, y se habitúa á cargar su montaña con desembarazo y facilidad.

Dícese que han saqueado á Catana! Esta es otra operación militar cuyo cuadro me cuesta trabajo representarme. Sé que Genserico perdonó á Roma en el siglo V, bajo la condición de que se le darian cuatro mil túnicas de púrpura, dos mil libras de oro y mil libras de pimienta. Sé que mas adelante los soldados de Roberto Guiscard tuvieron el mayor placer en derribar las estatuas y los templos que los papas habían respetado. En aquellos tiempos que nosotros llamamos bárbaros, no sé porqué, el derecho de guerra era casi ilimitado, pues la guerra era entonces lógica, y se la dejaban todas las consecuencias. Hoy el saqueo toca demasiado á asuntos de policía correccional, para que hombres con uniforme lo practiquen, y sobre todo, lo autoricen. Luego Catana no ha sido saqueada.

Catana es bajo todos aspectos una ciudad encantadora, aunque la cercanía del Etna no le haya permitido, como á las otras ciudades de la Sicilia, conservar los restos de su antiguo esplendor. Es una ciudad rica, de aspecto nuevo y aseado. Sus calles son espaciosas y enlosadas con anchas baldosas como las de Florencia y de Pisa. Cada piso tiene su balcon balaustrado de hierro con labores. Sus habitantes carecen de esa actividad que caracteriza en general á los puertos de mar. La clase baja se compone de pescadores que no tienen mas habitación que sus redes, y de marineros de gorra encarnada que hacen el comercio de cabotaje entre Catana y Messina. De vez en cuando, un buque inglés, conductor de indianas, de mercería y conservas en vinagre, atraviesa el canalizo y rompe la monotonía de un perpétuo *far niente*. Pero en este *far niente* nunca se instala el fastidio. Los pueblos ricos de sol y de azul saben procurarse placer en todo. El desfile de los coches á las cinco de la tarde es un espectáculo siempre nuevo para ellos.

Todas las fiestas son celebradas con fuegos de regocijo que encienden en las calles.

En materia de curiosidades antiguas, no se encuentran en Catana mas que dos teatros, uno griego y el otro romano, que se va á visitar bajo varias capas de lava. El teatro romano se halla situado bajo la catedral, y es necesario visitarlo con la antorcha an la mano; el teatro griego se ve en un arrabal de la ciudad, y se le ha desprendido bastante para poder ser apreciados todos sus detalles en plena luz. Las cercanías de la ciudad son muy pintorescas. En las pendientes del Etna, lo mismo que en las cuestas de las Cordilleras, se puede atravesar sucesivamente por todas las zonas climáticas y vegetales de la Europa. La palmera descuella ufana en la base; los nopales gigantes formen en los jardines antemurales impenetrables; mas arriba, grandes castaños afectan la forma de bóvedas umbrosas, y el abedul se estremece al lado de las nieves perpétuas.

Aquellos para quienes la vida monacal bajo un cielo azul, con claustros blancos llenos del ruido de las fuentes y del perfume de los naranjos, es el ideal de la felicidad terrestre cuando se han agotado todas las otras, no tienen mas que ir á tomar el hábito al monasterio de los benedictinos de Catana, con tal que tengan cuarteles de nobleza y gusto á las flores esquisitas. No he oído hablar de las obras de los benedictinos de Catana; pero profeso á su amabilidad, á sus modales y á sus jardines, una admiración que me haría casi sentir el ser plebeyo y no Siciliano. El religioso que nos hacia visitar el convento hablaba bastante bien nuestra lengua; no omitió ningun detalle. Cada celda se halla bien amueblada, y el lujo mundano no está completamente desterrado de ellas. Los padres cultivan sus flores



con un cuidado que raya en ternura. La biblioteca es grande: contiene preciosos fragmentos de antigüedades griegas y romanas, pero que se hallan mal clasificados, y un simulacro de museo de historia natural. Estos buenos religiosos son muy apreciados en Catana, pues son ricos y benéficos.

Las iglesias de Catana no tienen nada de particular: los trajes son allí lo que en otras partes, salvo la gran mantilla de tafetan liso con la cual se cubren las señoras, y que forma al lado derecho, en la cintura, un pliegue entrante semejante á una profunda escotadura. No he visto este traje en otro punto de Sicilia.

JOSÉ DOUCET.  
(J. R.)

#### PROCESION DEL CORPUS EN MADRID.

La procesion del Corpus se ha efectuado este año, en Madrid, con un lujo extraordinario. Es ésta una de las grandes ceremonias de la católica España, para las cuales la religion toma á la rica naturaleza de un maravilloso clima todos los tesoros que puede dar, en el mes de junio, la tierra pródiga de los paises meridionales.

Las calles se hallan literalmente cubiertas de flores, los mirtos, los naranjos, los laureles y los granados adornan los altares de las estaciones que la piedad de los fieles ha levantado de trecho en trecho. Los palacios se hallan cubiertos con las mas ricas tapicerías, al lado de las cuales las casas mas humildes ostentan las blancas cortinas de sus modestos adornos. Las banderas y gallardetes despliegan sus vivos colores bajo los rayos de un sol resplandeciente. Todos los habitantes de Madrid se han puesto este dia sus brillantes y pintorescos vestidos de gala. La Reina, con toda la corte de grande uniforme, asiste á la procesion; los grandes de España, con un cirio en la mano, siguen al cortejo, que aumenta á cada paso una poblacion religiosa y entusiasta para la cual el catolicismo no tiene nunca bastante pompa y grandeza.

Uno de los episodios mas tiernos de esta ceremonia es, sin duda, el que se halla reproducido en nuestro grabado, la salida de la solemne procesion del Corpus de la iglesia de Santa María. El señor Van Halen, artista de los mas distinguidos de Madrid, nos ha enviado este dibujo.

Los sacerdotes, agrupados al rededor del tabernáculo, se disponen á salir del templo despues de la oracion; los levitas llevan en sus hombros el altar en el cual irradia el Santísimo Sacramento en medio de las flores, y los soldados saludan con una genuflexion, en el umbral de la puerta, al símbolo místico de la Pasion que va á ser presentado á la adoracion de todos los fieles.

LEO DE BERNARD.  
(J. R.)

#### EL SENADOR M. LAITY.

El nombre de M. Laity será en lo sucesivo inseparable del de la Saboya. Notorios son el esquisito tacto y la inteligencia con que ha desempeñado el representante del emperador la noble mision que le fuera confiada; necesario es confesar que en este gran acontecimiento político M. Laity ha sabido conducirse de una manera admirable, preparando y efectuando sin esfuerzo de ninguna especie la anexion de la Saboya á la Francia.

Los saboyanos han comprendido los notables servicios hechos por el delegado de Napoleon III en favor de su pais en tan difíciles y delicadas circunstancias, y los gritos de la numerosa muchedumbre que le acompañó hasta el embarcadero el dia de su partida de Chambéry, atestiguan de un

modo incontestable su entusiasta reconocimiento.

Su carácter firme y conciliador á la vez, y su probada fidelidad, le designaron para este importante cargo á los ojos del emperador, quien desde hace muchos años ha sabido apreciarle y distinguirle dignamente.

Antiguo discípulo de la Escuela politécnica, Armando Francisco Ruperto Laity era en 1836 teniente de pontoneros de Strasburgo, cuando Luis Napoleon se presentó el 30 de octubre ante los soldados del coronel Vaudrey. M. Laity se asoció con entusiasmo á los proyectos del príncipe y logra que se declare su batallon por el sobrino del emperador. Por este hecho fué citado á comparecer ante el tribunal *d'assises* de Strasburgo, el cual le absolvió, como tambien á sus compañeros en la empresa. Algun tiempo despues hacia su dimision, publicaba en 1838 *el relato histórico de los acontecimientos del 30 de octubre de 1836: El príncipe Napoleon en Strasburgo*, y era condenado como autor de este folleto por la cámara de los pares á cinco años de prision y 10,000 francos de multa.

Despues de electo Luis Napoleon presidente de la república, M. Laity volvió á tomar su grado en el ejército, conservándole hasta 1852 en qué hizo dimision de él.

En 1854 fué nombrado prefecto de los Bajos Pirineos, comendador de la legion de honor el 31 de diciembre de 1855, y senador en 1857.

MAC VERNOLL.  
(Trad. F. de la V.)

#### LA SOMBRA DE BRILLAT-SAVARIN EN LA ESPOSICION AGRÍCOLA.

Oh Brillat-Savarin! qué habria dicho tu grande sombra si, abandonando por algunas horas el paraíso de Lúculo, hubiera recorrido las inmensas galerías en las cuales se hallaban arreglados los productos del suelo francés para el concurso agrícola! Qué dolor se habria apoderado de tu alma al examinar el gusto predominante de nuestra época, los esfuerzos constantes de nuestros ganaderos por llegar á los resultados que pueden escitar la ambicion de los Ingleses, pero que no puede apetecer el pueblo mas ingenioso de la Europa, el que está destinado á marchar al frente de la civilizacion gastronómica!

Tu alma atacada de tristeza hasta la sobriedad, habria desesperado de nuestro porvenir al ver los progresos que hace la invasion de la manteca en los corrales y los establos, al mirar esas enormes volaterías importadas de todos los paises del mundo, y en las que la calidad es absorbida por una cantidad monstruosa. No se procura ya hoy producir sabrosas carnes; necesitamos miembros desproporcionados y muy pesados; no es ya el delicado pollo de grano lo que apetece el goloso de nuestros dias, sino su parte de un ave que, ella sola, hartaria á un Tragaldabas.

Ó tú, autor tan delicado de la *fisiología del gusto*, que jemirías por nuestra ceguera si vinieras á examinar en lo que ha convertido el criador moderno á esos lindos corderos que pintaba y adornaba tan bien Florian, tu contemporáneo! No reconocerías ya á esos cuadrúpedos tan dignos de interés. Nuestra industria ha abusado de tal modo de su paciencia proverbial, que ha convertido á estos animales en bolas de sebo ambulantes. Sus extraños nombres ofuscarían tus oídos: no se llaman ya carneros, sino southdown y dishley. Para que sus cuerpos ofrezcan mas superficie á la invasion de la grasa, se les han suprimido los miembros y los huesos. Apenas encontrarías, á la diseccion, un apéndice que simula una pierna, un cartilago que reemplaza á un hueso resistente. Esas razas no andan, engordan.

Es de temer que se realice la profecía de Na-

poleon el Grande en su peor acepcion. Cuando este prepotente génio decia que la Europa seria cosaca dentro de cincuenta años, habia visto desollar en las naciones modernas ese gusto predominante por la manteca, por el sebo, manjares nauseabundos que hasta ahora habiamos abandonado á los salvajes de la Ucrania, y con el cual vamos familiarizándonos todos los dias.

Nuestro pervertido paladar no se detendrá ante esas sensaciones inconfesables, no. Mírese á ese padre *percheron*, á ese admirable caballo de carrera al cual se ha dado el nombre de los reyes, *Monarca*. En verdad son estos admirables modelos de la raza caballar: uno es el ideal del caballo de tiro; el otro debe de ser uno de esos vencedores célebres en los anales del sport. Desengañaos, esos nobles animales han sido desviados por el hombre de la bella mision que les habia asignado el criador. Pequeño número de ellos está destinado á nobles trabajos; los otros (me estremezo al decirlo), están criados para la carnicería: Sí, comemos caballo.

Te estremecías, oh Brillat-Savarin! cuando al referirte la campaña de Moscou te contaba el mayor Cravachon que se habia visto reducido á comer caballo; las papilas nerviosas de tu paladar se erizaban de horror al pensar en el espantoso contacto de esta carne coriácea.

Cuál no seria tu tristeza si vieras hoy en Paris una secta que preconiza este alimento, y á los que se dicen tus continuadores, tus discípulos, los maestros del gusto, reuniéndose en cenáculo para deliberar en qué salsa se deben preparar las ratas de los *chais* de Burdeos, los saltoa-montes y las cigarras!

Sombra de Brillat-Savarin, aparta el rostro, y antes que leer las elucubraciones de nuestros modernos Apicios, para quienes el pichon es el *asado mas delicado y de mejor aroma*, apresúrate á levantar el vuelo hácia el paraíso en que te espera Lúculo, para meditar en el modo de hacer la tortilla de huevos con lechecillas de murenas.

A. ARNAUD.  
(J. R.)

#### LAS MÁQUINAS DEL CONCURSO AGRÍCOLA DE PARIS.

Los concursos regionales que acaban de tener lugar en diversos puntos de la Francia, y la esposicion de Paris, que es su brillante síntesis, han ostentado una inmensa cantidad de riquezas en animales, máquinas y productos de toda especie. No nos ocuparemos aquí mas que de las máquinas que merecen una atencion especial.

Sería difícil tributar á cada uno los elogios que merece. Han sido espuestos cuatro ó cinco mil máquinas, aparatos ó instrumentos. Al ver la afluencia de los visitantes, entre los cuales se notaba mucha jente del campo, era fácil adivinar que el sentimiento de la rutina no es ni conmucho tan profundo como en otro tiempo en los cultivadores, quienes parecen rendirse cada vez mas á la evidencia del progreso. Antes de hablar de las máquinas agrícolas que son las mas importantes, echemos una mirada á algunos objetos que merecen fijar la atencion por su novedad y sobre todo por su grande utilidad.

Citemos el granero-conservador de M. Emile Pavy. Este aparato tiene por objeto conservar indefinidamente el trigo, mejorándole por una limpieza constantemente renovada. Compónese de recipientes cilíndricos de barro cocido, que presentan la forma de cono en su base. Estas ánforas contienen el grano y le preservan de la humedad, del incendio y de los insectos. Hállase adaptado á la parte cónica inferior del recipiente un tubo que hace bajar el grano á un *tarare* que le



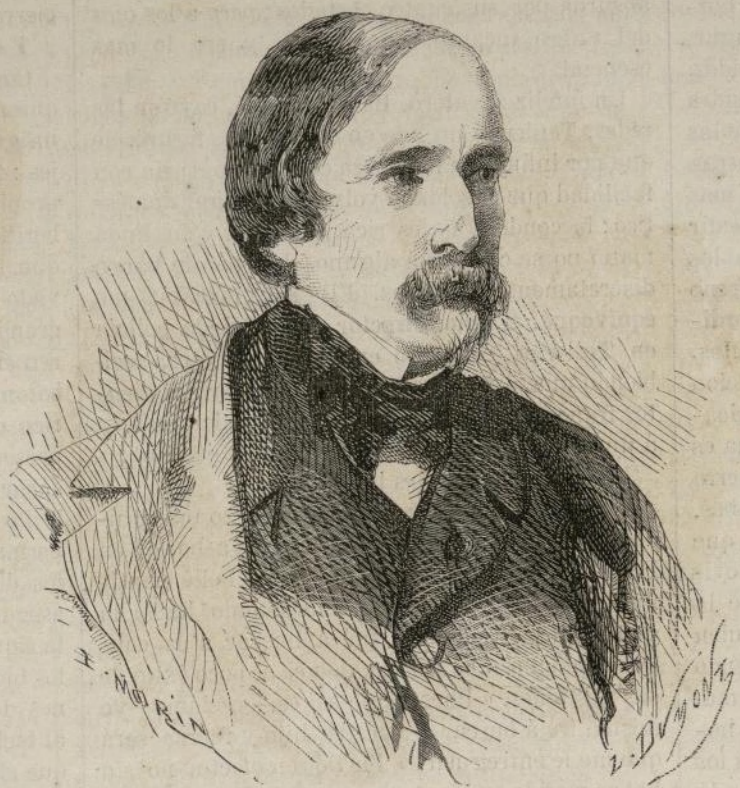


1. Gallo crève-cœur. — 2. Gallina crève-cœur. — 3. y 4. Gallo y gallina holandeses (primer premio). — 5. Gallina paduana. — 6. Gallina polaca. — 7. Espolon á manera de cresta. (Entretamientos agrícolas.)  
 A. B. C. D. E. Algunas especies raras de carneros. — F. Pollino del Poitou (primer premio). — G. H. El padre, la madre y los niños siguen bien. — I. Pequeña vaca bretona.  
 J. Toro durham (segundo premio). — K. Caballo percheron. — L. El Monarca, caballo de carrera de M. Lagrange.



impia. A su salida del ventilador, el grano es subido por una noria á la parte superior. El tarare es movido por la mano de un hombre ó por una débil fuerza motriz. Se puede multiplicar el número de los cilindros, aumentar su capacidad, y por consiguiente almacenar tanto grano cuanto se quiera. Las ánforas se hallan construidas en segmentos que es fácil transportar á las mayores distancias y reunir en seguida con aros de hierro.

M. Falguière, de Marsella, espone un molino de pequeñas dimensiones. Este molino sirve para la trituración de toda especie de materias, desde los cereales, trigo, cebada, etc., hasta los granos oleaginosos, aceitunas, nueces de palma, semillas de ajonjolí, de algodón, linaza, etc. Empléase también para mondar el café. Este pequeño aparato, tan universal y tan sencillo, nos parece de una ventaja incontestable para los propietarios, quienes podrán establecer así en sus cortijos, á poca costa y en un espacio muy corto, un medio mecánico para esplotar los productos de sus cultivos. La conservación de las piedras de molino es fácil: ellas son rectas para moler el trigo, el cual se introduce suficientemente por los rayos. Para los granos oleaginosos, las aceitunas por ejemplo, se emplean piedras ligeramente cónicas, con el fin de dar entrada á los granos que se quieren triturar. Se ha notado que la temperatura de la harina que sale instantáneamente de este molino es muy inferior á la de los grandes molinos ordi-



M. Laity, comisario imperial para la anexión.  
(Conforme á una fotografía de M. Adam Salomon.)

narios. La merma es casi nula, y la harina menos fatigada por la acción de las piedras pequeñas que por la de las grandes, conserva toda su fuerza, resultado precioso para su conservación y para hacer un buen pan.

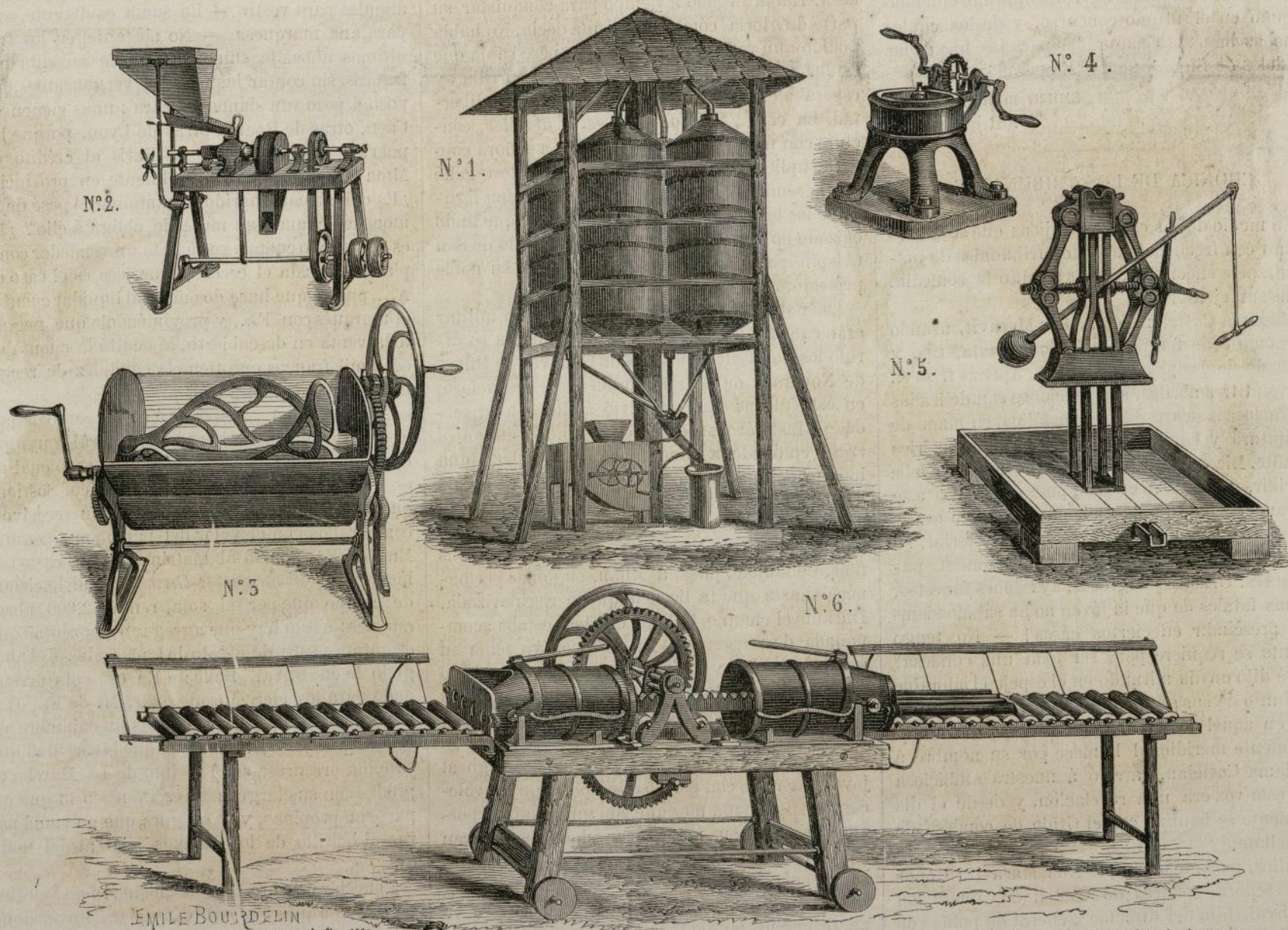
De este molino á la amasadora mecánica de M. Boland no hay mas que un paso. Este utensilio

viene á resolver victoriosamente el problema de la acción de amasar mecánicamente y suprimir las penosas funciones del panadero. El nuevo amasador consiste en un vaso semicircular de hierro batido y estañado, en el cual gira una doble espiral. Unas ruedas dentadas dividen suficientemente la fuerza para que un hombre pueda ponerlo en movimiento. Terminada la operación, un piñón dentado correspondiente á una muesca de cuarta parte de círculo, permite volcar la artesa y hacer salir su contenido. Gran número de panaderos parisienses han adoptado ya este sistema.

M. Gautron ha espuesto una oreadora ó secadora. Esta máquina está destinada á prestar grandes servicios en los establecimientos de lavadero, en las manufacturas de lana, de algodón, de seda, en las tintorerías y, en general, en todas las industrias en que es importante secar pronto y con pocos gastos toda especie de materias. Se nos comprenderá fácilmente si decimos que este hidro-extractor es una turbina del sistema empleado en los refinados de azúcar para la extracción de los jarabes. Hallase provista de una tela metálica, ó

de una lámina de metal horadada en toda su extensión, al través de cuyos agujeros se escapa la humedad, bajo la acción de la fuerza centrífuga desarrollada por una gran velocidad.

La prensa de M. Samain, de la cual es fácil darse cuenta por medio de nuestro grabado, es de palancas articuladas que un tornillo horizontal,



N° 1. Granero conservador. — N° 2. Pequeño molino de trigo. — N° 3. Amasadora mecánica. — N° 4. Secadora. — N° 5. Prensa de lagar. — N° 6. Máquina para fabricar tubos de descajado.

Exposición de agricultura en el palacio de la Industria. — Las máquinas.



movido por un torniquete, obliga á acercarse á la vertical, y por consiguiente á hacer bajar la hor-tera prensadora. Este aparato ocupa poco lugar, funciona sin hacer ruido y con mucha rapidéz. Es propio para la preparaci6n del vino, de la sidra y para todos los trabajos que exigen el uso de las prensas. Se le provee de cajones que concentran la presi6n en un pequeño espacio y la hacen mas uniforme. Se coloca en él, adem6s, para impedir todo accidente, un dinam6metro que indica los diversos grados de presi6n obtenidos, y un freno que limita el m6ximo de presi6n. Añádese ordinariamente á esta prensa un majador de frutos.

Concluyamos este artículo con la descripci6n de una m6quina de M. Schlosser para la fabricaci6n de los tubos de descuajo. Esta m6quina es horizontal y de doble efecto. Ella criba la tierra arcillosa al mismo tiempo que se forman los tubos. Estas hileras se hallan precedidas de una reja que hace el oficio de tamiz. Hay tres cilindros m6viles, de los cuales dos se hallan fijos sobre la m6quina y el tercero en manos del obrero, quien le llena. Se comprende f6cilmente que poniendo en movimiento á la derecha ó á la izquierda el manubrio, el pi6n fijo har6 mover la muesca horizontal en cuyos dos extremos se hallan fijos los 6mbolos. Mientras que un 6mbolo comprime la arcilla y la hace salir bajo la forma de tubos, el otro abandona su cilindro, permite que se le quite y reemplaza por el tercero lleno de pasta. Trastornando el movimiento, la operaci6n se repite del otro lado y as6 en seguida. Unos hilos, tendidos á distancias iguales, cortan al bajar los tubos á longitudes determinadas á voluntad. Estas m6quinas fabrican en diez horas, servidas por tres hombres, unos tres mil metros de tubos descuajadores.

Dir6mos en otro artículo algunas palabras acerca de las m6quinas agr6colas que han obtenido premio en el 6ltimo concurso, y de las cuales muchas han sido compradas para las haciendas modelos de Su Majestad el Emperador.

EMILIO BOURDELIN.  
(J. R.)

#### CR6NICA DE LOS TRIBUNALES.

En medio de las escenas tr6gicas que se desarrollan con frecuencia ante los tribunales de justicia, suele encontrar á veces su sitio la comedia. Véase un ejemplo.

Madama Castelan, ó sea, Ana Maravit, usando su nombre de familia, es la flor y nata, tipo y dechado de las piezas de intriga. Apenas frisa en los veintitres a6riles, sus facciones son delicadas y graciosas, su voz dulce y met6lica, su mano de miniatura y cuidadosamente escondida en rico guante. Dicen que esta mano tan enana no sabe escribir, y fuerza es creerlo, pues que as6 lo aseguran, por mas que la duda en este punto asalte el esp6ritu de todo el que vea su fino exterior, su traje elegante y sus modales intimamente parisienses. Gracias peligrosas, ay! dones funestos, armas fatales de que la j6ven no ha sabido siempre prescindir en ciertos casos! — No tengo cuanto se requiere para ser toda una condesa? — se dijo un d6a mirando en el espejo el adorable conjunto de sus gracias! — Quiso la desventura que en aquel mismo momento una voz sonora y altamente meridional llamase por su nombre á madama Castelan. Pareci6 á nuestra ambiciosa que esta voz era una revelaci6n, y desde el d6a siguiente se bautiz6 con el t6tulo de condesa de Castellane.

Ad6os, pues, á la simple Ana Maravit! Honor á la se6ora condesa de Castellane, nuera del mariscal, hija del director general de pol6cia de las Tullerías y esposa del director del tel6grafo

particular de la emperatriz! — Esta filiacion era absurda por sus cuatro costados; pero á los ojos del vulgo incauto sonaba bien y era lo mas esencial.

Un infeliz zapatero, llamado Pellé, cay6 en las redes. Teniendo un hijo en el servicio, figur6sele que por influjo de la se6ora condesa lograria con facilidad que el soldado volviese al hogar dom6stico: la condesa no es rica, se decia, y su linda mano no se cerrar6 á algunos billetes de banco discretamente ofrecidos. El pap6 Maravit, me equivoqu6, el se6or director general de la pol6cia en Tullerías, consintió en ser medianero, recibiendo una primera cantidad de mil y dos cientos francos destinados á vencer las dificultades y á untar la mano de algunos gefes del ej6rcito.

Buena reputaci6n les hacian!

Hall6base la Francia á la saz6n en lo mas crudo de la guerra de Italia: hab6anse ya batido en Palestro y en Magenta, y el j6ven Pellé continuaba, mal de su grado, marchando h6cia la gloria. El padre de 6ste fu6 á buscar á la condesa, quien estaba furiosa de ver el poco 6xito de sus gestiones. « Puesto que as6 es, — exclam6 — yo misma ir6 á buscar á vuestro hijo y fuerza ser6 que me le entreguen! » Parti6, en efecto, no sin haber metido su blanca mano en los bolsillos del adepto de S. Crispin. Algunos d6as despues lleg6 á Paris la noticia de la victoria de Solferino. El lector se imagina sin duda que conoce todos los episodios de esta gran batalla, y sin embargo ignora probablemente todav6a que en medio del fuego, en lo mas fuerte de la refriega combatia con los franceses una bella amazona, y cuando al emperador le pas6 una bala rozando, que sin herirle, le llev6 parte de su charretera, la indicada amazona tenia su r6pa atravesada por un casco de bomba. Esta nueva Clorinda era la condesa. Habia llegado á tiempo para conquistar su parte de gloria, como ella misma decia. No habia podido aun ver al j6ven soldado; pero sab6a que estaba herido ligeramente en una pantorrilla, y esperaba en muy breve plazo conseguir su libertad. La carta, portadora de estos detalles, conclu6a con una demanda de dinero. La se6ora condesa suplicaba tambi6n en ella al zapatero Pellé que le remitiese medias y botitos, y pueden figurarse los lectores qu6 medias caladas y que lindo calzado no se procuraria el buen disc6pulo de San Crispin para los preciosos piecitos de su noble protectora!

Las noticias que habia dado del j6ven militar eran exactas. Tambien es cierto que habia recorrido los hospitales militares de Génova, de Milan, de Novara y de Brescia, habiéndole descubierto en esta 6ltima ciudad. Volvi6 á ella con el soldado é instal6ronse los dos en la fonda della Porta reale, en donde la condesa habia alquilado una habitaci6n muy confortable. Pero al cabo de algunos d6as, el herido, casi curado, y encontrándose mal á sus anchas en compa6ia de tan grande dama, manifest6 el deseo de incorporarse á sus filas. Condújole, pues, á Milan, en donde permaneci6 hasta que la licencia qued6 regularizada. Durante el camino, la linda condesa estaba acompa6ada de un general. En Brescia, ya tenia su estado mayor de oficiales superiores, lo mismo que en Milan. Clorinda se habia convertido en Armida, y cont6base mas de un Reynaldo en el ej6rcito franc6s.

Volvi6 por fin á Francia, trayendo consigo al j6ven guerrero con permiso temporal de convalecencia, pero nada mas que con un permiso; porque, á pesar de sus magnificas relaciones, la gran dama no habia podido lograr, como prometiera, la licencia absoluta. Amosc6se el zapatero, y como consecuencia de su enojo, la condesa y su padre, citados ante el tribunal competente, fueron condenados lisa y llanamente como estafadores,

6ste á dos a6os, aquella á quince meses de encierro.

*Y aqui da fin el sainete, ect., etc.*

Compadécete, lector sensible, de la infeliz marquesa de F...-C... Es graciosa y elegante: con un gusto patricio por la fina Holanda y los encajes: tiene arraigado ese esmero, ese respeto de sí propia que es á la coquetería lo que el orgullo legítimo á la vanidad pueril: procura con ahinco que sus trajes elegantes correspondan á su elevado rango, y que la sociedad que frecuenta, los grandes salones que se felicitan de recibirla, admiren en ella el tipo de la dama principal desde el boton del finísimo guante hasta la roseta de su rico calzado. Desgraciadamente el marqués se presenta tambi6n en juego: — y no para censurar, segun dice Mma de F...-C..., que ella preste brillo y esplendor á su corona de marquesa, no á permanecer indiferente á los aristocráticos triunfos de su titulada esposa: muy al contrario, se asegura que el marqués se envanece siempre que la riqueza y elegancia de sus aderezos deslumbra los ojos de los concurrentes á los encantados salones de la duquesa de Alba. — Pero... de vueita al techo conyugal, el marqués de F...-C... opina que el lujo es algo carillo, y parodiando á cierto personaje de comedia que pretendia « comer bien sin dinero, » acepta el beneficio, rechaza las cargas, y cuando los vendedores se presentan á reclamar sus créditos, les da con la puerta en las narices.

Tal es el sonido de una campana, la del abogado Leon Duval, patrono del acreedor descontentadizo, A... La campana suena bien, mas no tiene peor timbre la de M. Chaix-d'Est-Ange, ardiente defensor de F...-C... pulverizando las acusaciones de parsimonia dirigidas contra su cliente. Mma de F...-C... dispone de ocho mil francos anuales para vestir. — La suma es decente, aun para una marquesa. — No obstante, en los tres 6ltimos a6os, la suma ascendió á noventa mil francos, sin contar las facturas vergonzantes que poco á poco van dando la cara: unas vienen de Caen, otras de Roann, otras de Lyon, porque las puertas que se cierran en Paris al crédito de Mma F...-C... se abren f6cilmente en provincia. ¿Es culpable un marido en examinar el peso de la moneda, cuando su mujer le obliga á ello? ¿Lo es sobre todo cuando se vé ante un vendedor complaciente hasta el exceso? Pues ese es el caso de A..., puesto que hace dos a6os, al liquidar cuentas el marqués con F..., y previniéndole que negase toda venta en descubierto, le ocult6 la cuenta de ocho mil francos que tiene la candidez de reclamar solamente ahora.

As6 atacado, A... responde á su vez reprochando al marqués que todo el peso de la moral conyugal cae sobre los hombros del mercader, — lo cual no es ni decente, ni justo, ni aristocrático. Sostiene que los gastos de Mma de F... no son excesivos, comparados con el valor del patrimonio comun. Mma de F... aport6 al matrimonio una casa-palacio en el *fauourg Saint-Germain* y una hacienda de campo que por sí sola renta 22,000 libras anuales: á esto hay que agregar otras rentas que el marqués saca de su coto de La Marche. Y el abogado Leon Duval a6ade: « En ese coto arrendado para los ejercicios de sport, M. de F...-C... tiene sembrado por las praderías un enjambre de *grooms* y de *jockeys*. Sabido es que la sociedad que se api6a presurosa en el recinto de La Marche es pr6diga en sus larguezas: es inmenso lo que reparte en propinas, y se asegura que no van á parar al bolsillo de los lacayos, sino al del marqués. »

El hecho no careceria de chiste si fuese cierto; pero el marqués lo niega como pura invenci6n; como es igualmente gratuita la fortuna de millonario que le atribuyen y que segun él no pasa,



en suma, de 25,000 libras de renta.—25,000 libras para el marqués, su esposa y sus cinco hijos!

Claro es que si de las 25,000 libras, la marquesa gasta 30,000 en crinolinas, lo restante es insuficiente para sostener á la familia.

Como quiera, M. F...C..., ganó el pleito, y por sentencia del tribunal, el mercader debe arreglarse con la marquesa.

Los maridos son siempre lo mismo. Véase sino también á M. J... de B. Entréganle un día cierta cuenta concebida por un tal Babin. La cuenta está concebida en estos términos. Vendido para el carnaval á Mma G... de B. un traje de Enrique III, 750 francos.

Que traje sería? el de la marquesa de Sauves, la Armida y la Circe de aquel tiempo? ó el de Margarita de Valois, la Vénus Urania, como se llama á sí misma en su memorias? ó acaso el traje caballeresco de la hermosa Renée de Rieux-Chateaufort, una de las meninas de Enrique III que daba de latigazos á la jente que obstruía el paso de su corcel, la misma, que al sorprender á su primer marido infiel le mató, según la espresion de Estoile, varonilmente con su propia mano? — M. G... de B. no se paró en estas averiguaciones y despachó al enviado de Babin, diciéndole que se entendiese con la señora.

Ante la reclamacion de 750 francos, Mma G... de B. puso el grito en el cielo: 750 francos por un traje sin hacer uso de él! — Efectivamente, el día de carnaval la dama estuvo indispueta y el traje que habia elegido se quedó en los almacenes de Babin. He dicho elegido y no comprado, nótese bien y tendremos el punto de partida del litigio. Hubo venta ó simple alquiler? Débese á Babin sólo una indemnizacion de 100 francos, ó el precio total del traje evaluado en la precitada suma? — Hé aquí la primera cuestion. M. G... de B. está obligado á sufragar á su mujer los gastos de Carnaval? Hé aquí la segunda.

M. G... de B. declara alta y poderosamente que en aquella circunstancia no dió autorizacion ninguna á su mujer, y por tanto nada debe á Babin: sin embargo — como pura condescendencia — mantiene la oferta hecha anteriormente de 100 francos.

El tribunal resuelve la primera cuestion en favor de los esposos G... de B., pero condenándolos al pago de 200 francos de indemnizacion al mercader de trajes.

Dos veces en una misma semana se ha invocado como principio la necesidad de una autorizacion marital.

Como quiera, si alguna vez Mma de F...C... y Mma G... de B. llegan á encontrarse juntas y á hacerse mútuas confidencias, no será yo quien aconseje á sus maridos que se pongan á escuchar.

Prosiguese á puerta cerrada la nueva instruccion del drama horrible de Saint-Cyr. Corren rumores de que Chrétien ha vuelto á renovar sus primeras declaraciones; que Deschamps mismo, el segundo acusado, se ha unido á él para echar sobre Joannon la responsabilidad del crimen; que entre este último y Deschamps ha estallado una escena terrible, en la que de seguro hubiera corrido la sangre á no haberse puesto alguien entre ellos. Parece que el tal Deschamps es hombre de una fuerza hercúlea, y de un carácter violento y arrebatado. Cuando, vencido en la lucha que sostuvo con el juez de instruccion, se conceptuó perdido sin remedio, levantó sus manos encadenadas sobre el magistrado, quien apenas tuvo tiempo de retirarse hácia atrás para evitar el golpe con que le amenazaba este furioso.

Escenas tan violentas, no carecen de ejemplo en los tribunales. Aun se recuerda en el Palacio de Justicia aquel acusado que, en plena sesion de asises, se descalzó uno de sus zuecos y le arrojó á la cabeza del presidente.

Hace muy poco, en el tribunal de Tolosa, un antiguo pleitista, para vengarse de la pérdida de un proceso, disparó una pistola sobre uno de los presidentes: por fortuna el tiro fué mal dirigido, lo que no impidió que en el mismo instante le condenaran á cadena perpétua. Sin embargo, preciso es reconocer que los rencores de los acusados se dirigen mas frecuentemente á sus adversarios y á los testigos cuyas deposiciones les son contrarias ante la justicia, que á la justicia misma. Apenas hace algunos días que, en la audiencia del consejo de guerra de Lyon, un soldado, acusado de haber destruido efectos de campaña, se precipitó desde su banco sobre el sargento acusador, hiriéndole en seguida el rostro con el puño.

El consejo pronunció por unanimidad contra el infeliz la pena de muerte. Durante la misma semana, en Tours, un individuo llamado Viocrose, acusado de asesinato, prorumpió en terribles amenazas contra el facultativo que habia comprobado su crimen: « Si yo tuviera veinticuatro horas de libertad, — dijo — prometo que nadie oiría hablar mas de él. » Afortunadamente estas veinticuatro horas no podrá procurárselas así como quiera, á menos que no se escape de la colonia penitenciaria, donde la sentencia del tribunal acaba de confinarle por el resto de sus días.

Este mismo Viocrose tuvo una feliz ocurrencia durante el curso de los debates. Calificóle uno de los testigos de mal trabajador « ¡ Dios mio, qué falso testimonio! — exclamó Viocrose: — ¡ yo holgazan, cuando siempre he pasado por el mas célebre obrero para tirar piedras! »

En donde diablos se anida el orgullo?

M. Prévost-Paradol acaba de ser condenado por el tribunal correccional del Sena á un mes de prision y 3,000 fr. de multa, á causa de la publicacion de un folleto titulado: *Los Antiguos Partidos*. El delito ha sido declarado en la causa, de escitacion al odio y al menosprecio del gobierno.

PETIT-JEAN.

(Trad. A. L. de B.)

## UNA AVENTURA DE CARNAVAL.

(Novela original, escrita para el Mundo ilustrado.)

### Introduccion.

Mozo! otra copa de rom!... y, mira, déjate aquí la botella para que no te pasées tan amenudo.

— Pero, Luis, amigo mio; ¿qué te vas á poner como una uva!... Qué repentina revolucion se ha operado en tu carácter? ¿Es posible que tú, tan metódico, tan sóbrio de costumbre, te conduzcas hoy de igual manera que lo haria un tudesco?

— Bautista, — repuso Luis despues de apurar la copa de un solo trago — bebe, y no me prediques moderacion! Ya te dije al entrar en el café que necesitaba embriagarme... Sí! quiero ahogar en el Jamaica estos malditos pensamientos que abrasan mi frente!

— Una palabra, Luis!

— Habla.

— Eres mi amigo?

— No: soy tu hermano.

— Pues bien, hermano mio, ¿qué objeto te propones al privarte de ese modo?

— Evitar que mi pobre familia se anegue en lágrimas: apagar en el sueño de la embriaguez las ideas de suicidio que bullen en mi cerebro...

— Luis! — gritó Bautista en tono de amarga reconvenccion — veo que no eres digno del hermoso nombre que acabo de darte!... no! no es mi hermano quien, egoísta y cruel, guarda sus penas en el fondo del corazon sin confiármelas!... ¡á mí, que nada te oculto, que no tengo secretos para tí!... Porque esas criminales y cobardes ideas de-

ben tener un orijen terrible que no me has dicho, sin duda porque ya no merezco tu confianza.

— Escucha, Bautista: desde el día en que por una circunstancia suprema que no habrás olvidado...

— Sé lo que vas á decirme... No, jamás, Luis! siempre recuerdo con la mas profunda gratitud que te debo la vida, que sin tus cuidados, sin tus sacrificios de todo género durante mi enfermedad, hubiera muerto solo y abandonado en mi pobre habitacion de la calle del Barquillo...

— No te lo recuerdo para que me lo agradezcas! Decia, que desde el instante aquel en que nos juramos una amistad eterna, todo ha sido comun entre nosotros: alegrías y pesares, placeres y privaciones. ¡Nunca, Bautista,—y óyelo bien para que otra vez no seas injusto conmigo — nunca he defraudado la confianza que te debia; siempre he depositado íntegra en aras de nuestra fraterna comunión mi parte de felicidad y de amarguras!...

— Pero no obstante...

— A eso voy! no me interrumpas. ¿No obstante — ibas á decir — tengo un secreto que no te he confiado?

— Justamente.

— Sí, Bautista! secreto que envenena mi alma, y que no te he dicho antes porque no era mio sólo; pero que hoy puedo ya decirte porqué, desgraciadamente, me pertenece por completo! — Es un episodio, curioso y terrible á la vez, de los primeros años de mi juventud. Ay! ¡cuántas locas esperanzas me ha hecho alimentar, y cuán horriblemente las miro desvanecidas como el humo!...

Luis volvió á llenar la copa, y despues de llevarla de nuevo á sus labios, sacó un paquete de papeles del bolsillo de su gaban.

— Toma, y lee! — dijo á Bautista escojiendo de entre ellos una carta con orla negra.

— Qué es esto?

— El adios que una moribunda me envia desde Paris!... Le he recibido esta mañana. Enterate, y despues, á condicion de que me dejarás beber cuanto quiera, te daré la clave de ese enigma... no, he dicho mal, porque el enigma existe aun y moriré sin descifrarle; te contaré la historia de mi conocimiento con esa mujer problema.

Bautista cojió la carta, y leyó con avidos ojos:

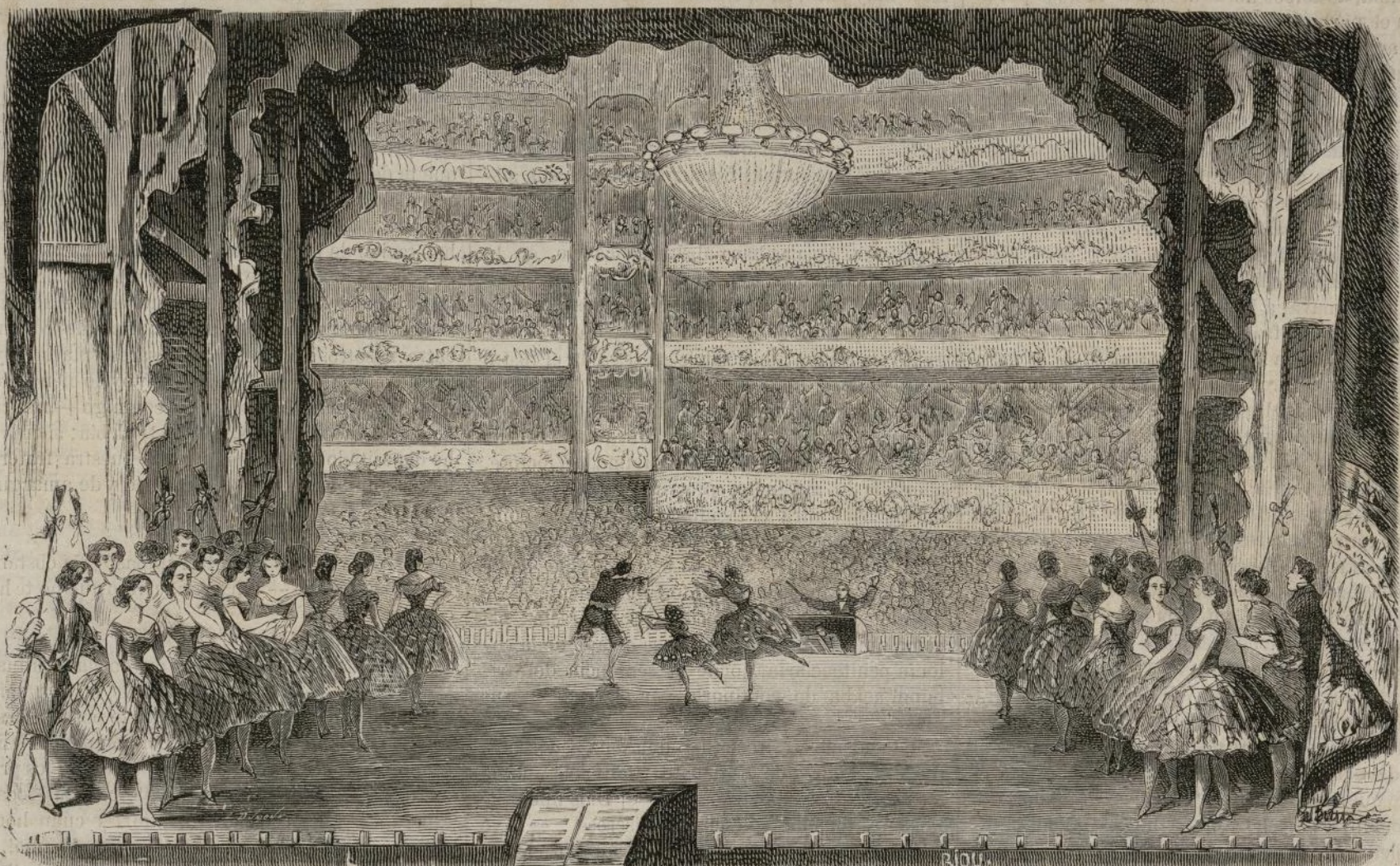
« Me quedan muy pocos momentos de vida, Luis de mi alma, y quiero dedicártelos. La terrible enfermedad que hace tres años me consume, y de cuyos progresos te he dado noticia en todas mis cartas, ha llegado á su último término. — El facultativo me ha dicho que me prepare... mi desfalleciente corazon me lo dice tambien!

» Pobre amigo mio! ¡cuánto voy á hacerte sufrir con esta noticia!... Pero ¿no es verdad, Luis de mi vida, que tendrás valor como yo le tengo en este su remo instante? ¿No es verdad que el pensamiento de que nuestras almas continuarán unidas por un lazo invisible para encontrarse en un mundo mejor fortalecerá tu espíritu?

« ¡Qué desgraciado te he hecho, Luis mio!... es la idea que mas me atormenta al dejar este mundo! ¿Por qué te hablé, hace diez años, en aquella tarde, precursora de tantos martirios? ¿Eras entonces tan feliz! ¿seguias tan indiferente y tranquilo por la senda de tu vida, tal vez hácia un porvenir dichoso! Pero no pude sufocar los latidos de mi corazon... ¡era nuestro destino!... sí, Luis, no lo dudes! todavia continuo en mi supersticiosa creencia! Obedecí á una fuerza mas poderosa que mi voluntad... ella me obligó á amarte, ella puso en mí la ambicion de tu cariño!...

» *El Adriano!*... Cádiz!... hé ahí dos nombres que forman el paréntesis mas feliz de mi vida! — Ellos comprenden el hermoso periodo en que te amé sin que tú supieras mi loca pasion.





Teatro de Variedades. — *Los Amores de una rosa*, baile pastoral del cuarto acto de *la Hija del Diablo*.

Vaudeville fantástico de los señores Clairville, Lambert Thiboust y Siraudin, decoracion de M. Georges.

« ¡Qué noche la del *Teatro principal*, y que días de horrible angustia los que la siguieron, hasta que en Génova recibí tu primera carta! Desde aquella inolvidable fecha he vivido mártir; pero abrigando la esperanza de poder revelarte el misterio de mi vida y de unirme á tí para siempre, sufrí mis tormentos con heroísmo... ¡Vana ilusión! muero sin haber quebrantado el yugo que me oprime, sin volver á verte, Luis mío, sin que me sea dable decirte mi verdadero nombre...

« *Mientras yo viva, guarda en tu alma como un perfume sagrado la misteriosa historia de nuestros amores*—te dije en una de mis cartas;—*á nadie se la confies*. Cuando te exigía esta promesa, imaginaba que nos volveríamos á ver pronto para no separarnos jamas, y dictaba mis palabras un doble sentimiento de dignidad y de egoísmo: no quería que ningun extraño conociera el origen de nuestra dicha, ni la escéntrica y supersticiosa conducta de la *circasiana* del baile. ¡Pobre visionaria! no contaba entonces con la tisis que me arrastra al sepulcro sin realizar mi adorado ensueño!... Luis, ya que muero siendo para tí la misma Paulina, te devuelvo tu palabra. — Si tienes verdaderos amigos, esos dulces hermanos del corazón, háblales de tu *dama-duende*, como tú me decías, de mi ardiente amor hacia tí, de su origen extraño, y de las amarguras que por él has tenido. Eso aliviará el dolor que te ocasione mi pérdida. — Sé por experiencia cuanto se mitiga el sufrimiento depositándole en el seno de la confianza!...

« En el momento en que te escribo, mi respiración es trabajosa y lenta... ¡Dios mío, que triste es morir cuando se ama tanto... cuando se tiene el corazón lleno de vida! ¡Si estuvieras aquí, Luis, de mi alma, para estrechar tu mano entre las mías en el instante de partir, para que recogieras mi último suspiro!...

« Quisiera seguir escribiéndote... pero mis

dedos se niegan á seguir á mi pensamiento.

« Si alguna vez eres dichoso; si encuentras una mujer digna de tu cariño y llegas á casarte; si algun día, mi adorado Luis, sientes dilatarse tu corazón por los santos y puros goces del hogar doméstico, consagra entonces una memoria á tu pobre Paulina que desde el cielo benderá tu ventura.

« Adios, Luis mío!... Adjuntas recibirás todas tus cartas... estropeadas por la huella de mis labios! Guarda tú las mías siempre, siempre... para que te hablen de mí!

« ¡Adios, otra vez!... Tu nombre querido será mi última palabra!...

» PAULINA. »

Debajo de este nombre, y de letra diferente, se veían las siguientes líneas:

« Cumpliendo con la última voluntad de la que ya no existe, remito á usted la presente, en union del adjunto pliego cuyo contenido ignoro. — Es tefana G\*\*\*. »

Paris 6 de febrero de 1858.

(Se continuará.)

FEDERICO DE LA VEGA.

#### TEATRO DE VARIEDADES.

##### *El baile pastoral de la Hija del Diablo.*

El diseño que reproduce hoy nuestro grabado representa el baile pastoral, *Los Amores de una rosa*, lema bien místico y púdico, sobre todo, para servir de engaste á las escentricidades de una jóven que no repararía en humedecer sus labios con el llameante líquido de un ponche, en torno del cual se ajitase bebiendo y blasfemando todo un regimiento de húsares de la guardia.

La decoracion representa la escena de la Opera vista desde los últimos bastidores, y como si el espectador, colocado sobre las tablas y puesto con-

tra el telon del fondo, diese frente á la sala. Todas las cuerdas están visibles al ojo del espectador: verdad es que, por extraordinario, estos hilos son del lino mas puro. La armazon de los bastidores nuevos y limpios ostenta modestamente su esqueleto de madera; los quinqués, esos dispensadores de la luz del día y de la *oscura claridad que desciende de las estrellas*, no humean en los tubos, cuya limpieza acredita el esmero y los prolijos cuidados del alumbrador.

Llegan las bailarinas á la escena bamboleano sus faldas de gasa, y dando á besar su mano á los *liones* acostumbrados á ejercitar este sabroso derecho. Alzase el telon, y todas vienen á formarse en torno de Diabolina, cuyo precoz talento, que nadie estaba sino muy lejos de suponerle, saluda una salva de frenéticos aplausos.

Nada falta á este curioso y magnífico efecto de óptica. Percíbense los palcos de los espectadores, la rampa del teatro, y la colosal araña de nuestra primera escena lírica.

El baile de los *Amores de una rosa* es ejecutado por las bailarinas vistas de espalda, quienes representan mimicamente las peripecias del libreto delante del telon que figura la gran sala de la calle *Le Peletier*. La ilusión es completa: créese asistir á una representacion de la Academia imperial de baile, y no hay duda que los malignos autores de la pieza han querido iniciarnos en los misterios de bastidores.

Encuétrase uno agradablemente engañado, pero se le perdona el engaño con mil amores ante este golpe de vista espléndido y magnífico á la vez.

MAXIME VAUVERT.

(Trad. F. de la V.)

La traduccion del *Mundo ilustrado* se hace bajo la direccion del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.

Paris.—Imp. de la Librairie-Nouvelle A. Bourdilliat, 15, rus Breda.